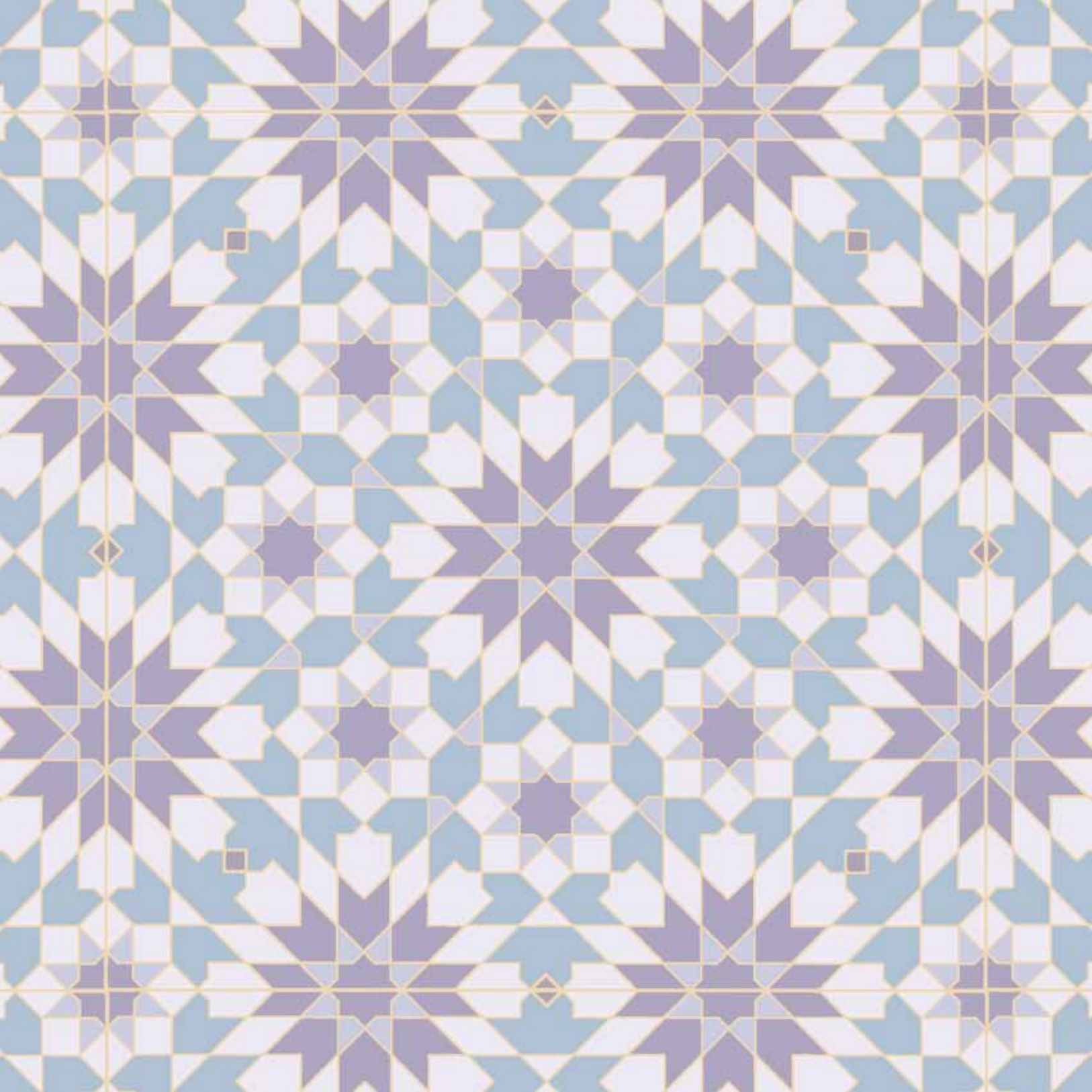


Légendes arabes

أساطير عربيّة





Nous avons besoin de légendes pour mieux accepter la réalité et sa complexité. Aucune société n'a vécu sans créer ses propres légendes qui, à travers un imaginaire fécond, réinventent le monde et habillent l'histoire avec les contes et mythes qui lui donnent vie et lumière.

On pense souvent que seules les sociétés rurales ou en voie de développement ont recours à des histoires fabuleuses, mystérieuses, merveilleuses et utiles. Le style et le genre change. L'Orient est connu pour un trésor de la littérature et aussi de la puissance de l'imagination, « Les Mille et une nuits ». Cet Orient est divers et semblable. Il faut voyager dans l'inconnu et accepter les différences qu'il charrie.

On a souvent opposé la campagne, le monde paysan, à la ville. En arabe on appelle la campagne « Al Badia » ce qui est premier, ce qui commence. Avec le temps cette appellation est devenue péjorative. Al Badia est devenue synonyme de retard, de régression, de sous développement. Ensuite les paysans, à cause de la sécheresse et d'autre s'intempéries, sont descendus en ville. Là, le choc a été violent.

Comment s'adapter à la cité moderne quand on a pour tout bagage un lot de légendes et de traditions ? Il y a alors une

sorte d'aliénation. Deux cultures s'affrontent et c'est l'ignorance qui souvent l'emporte.

Plus que jamais, nous devons réhabiliter nos mythes et légendes qui peuvent paraître en retard sur le progrès technique mais qui sont des illustrations de valeurs fondamentales d'humanisme, de solidarité et de partage.

Comme le signale le poète La Tour du Pin « *tous les pays qui n'ont plus de légende / seront condamnés à mourir du froid* ».

Froid et sécheresse de l'âme, du cœur et de l'essence humaine.

Tahar Ben Jelloun

Necesitamos leyendas para aceptar más fácilmente la realidad y su complejidad. Ninguna sociedad ha vivido sin crear sus propias leyendas, que reinventan el mundo a través de un imaginario prolífico y revisten la historia con cuentos y mitos, dándole luz y vida.

Se suele pensar que las sociedades rurales o en vía de desarrollo son las únicas que recurren a historias fabulosas, misteriosas, maravillosas y útiles. Cambia el estilo y el género. El oriente se conoce por su riqueza literaria y la potencia de su imaginación... Las Mil y una noches. Ese oriente es diverso y uno. Es necesario adentrarse en lo desconocido y aceptar las diferencias que acarrea.

Es muy común oponer campo, mundo campesino y ciudad. En árabe, el campo se dice “Al Badia”, lo primero, lo inicial. Con el paso del tiempo, esta apelación se ha vuelto negativa. Al Badia ha llegado a significar retraso, regresión, subdesarrollo. Luego, por efectos de sequías y demás intemperies, llegaron los campesinos a la ciudad. Allí sí, el choque fue violento.

¿Cómo adaptarse a la ciudad moderna cuando uno tiene como único bagaje un conjunto de leyendas y tradiciones?

Eso conlleva una forma de alienación. Dos culturas se enfrentan y, por lo general, gana la ignorancia.

Hoy más que nunca, tenemos que rehabilitar nuestros mitos y leyendas. Por más que parezcan retrasados respecto al progreso técnico, siguen siendo ilustraciones de los valores fundamentales del humanismo, la solidaridad, el compartir.

Como dice el poeta La Tour du Pin, *“todos aquellos países que ya no tengan leyenda / se condenan a morir del frío”*.

Frío y sequía del alma, del corazón y de la esencia humana.

Tahar Ben Jelloun





Presentación

Porqué publicar en esta época un libro de Leyendas Árabes?

Porque la cultura árabe tiene un valor universal, y su influencia ha enriquecido a muchas regiones del mundo.

En estos tiempos de grandes tensiones y dificultades, es conveniente promover un diálogo interreligioso e intercultural que promueva las coincidencias por encima de las diferencias.

Estamos convencidos de la necesidad de privilegiar el entendimiento y la compasión como recursos para disminuir las confrontaciones que siguen afectando a personas pueblos y a naciones.

Estas leyendas que se nutren de la imaginación popular, la vida cotidiana y la antigua sabiduría de los pueblos árabes, hoy pueden ser una inspiración para encontrar puntos de acuerdo entre todos.

Y para los lectores en general, representan una deliciosa experiencia narrativa, porque estas cautivadoras historias proyectan la belleza del espíritu árabe, donde se ponderan la honestidad, la justicia, las buenas acciones, los valores humanos y la omnipresencia de Dios.

Compartir estas leyendas, con una interpretación y ad-

miración desde una perspectiva de Occidente, constituye una oportunidad para alcanzar un mayor entendimiento de la cultura árabe, donde la paz y el respeto por la vida, son dos de sus valores fundamentales.

Sea pues, este libro, un punto de encuentro para que florezcan el respeto y la identidad entre el mundo árabe y todas las sociedades del orbe.





مقدّمة

ربّما يتساءل المرء لماذا يصدر هذا الكتاب بأساطيره العربية اليوم؟ جوابنا هو أن للثقافة العربية جاذبة ومكانة علمية بارزة نظرا لأنها أثّرت عظيم الأثر بالعديد من الثقافات في جميع أنحاء العالم. وقد بدا لنا في زمن التوترات والصعوبات الذي نعيش فيه اليوم أن لا بدّ من النهوض بالحوار بين الأديان والثقافات بغية التركيز على القواسم المشتركة فيما وراء الاختلافات. ونحن مقتنعون بأن فهم الآخر والرفقة به كفيلا بالتخفيف من حدّة المواجهات التي لا تزال تمزّق بين الأفراد وتفرّق بين الشعوب والأمم.

ربّما تشكّل هذه الأساطير المستوحاة من المخيلة الشعبية والحياة اليومية والحكم القديمة لدى الشعوب العربية مصدر إلهام لنا اليوم للتوصل لأرضية مشتركة جامعة. وهي تتيح للقارئ على العموم فرصة التمتع بتجربة سرديّة مثيرة لأن قصصها الشيقة تنضج بحمال الروح العربية وتحتفي بالصدق والعدل والإحسان والقيم الإنسانية، هذا طبعا فضلا عن حضور ذكر الله فيها حضورا كبيرا.

لا شك أن نشر هذه الأساطير العربية بنكهة غربيّة ومن منظور غربي سيمكّننا من توطيد فهمنا للثقافة العربية التي تعتبر السلام واحترام الحياة من قيمها الأساسية.

وأخيرا نتمنى أن يكون كتابنا هذا نقطة التقاء تفتّح فيها أزهار الاحترام والتجانس بين العالم العربي وجميع المجتمعات في العالم.

كريستينا بينيدا



Présentation

Pourquoi publier aujourd'hui un livre de légendes arabes? Parce que la culture arabe a une valeur universelle et qu'elle a influencé de nombreuses régions du monde, qui s'en sont trouvés enrichies.

En ces temps marqués par de fortes tensions et de nombreux obstacles, il est impératif d'encourager un dialogue interreligieux et interculturel soulignant les convergences au-delà des différences.

Nous sommes convaincus que les outils les plus à même d'apaiser les tensions qui opposent encore les personnes, les peuples et les nations sont la compréhension et la compassion.

Ces légendes, qui se nourrissent de l'imagination populaire, de la vie quotidienne et de la sagesse ancestrale des peuples arabes, peuvent aujourd'hui nous inspirer pour trouver des terrains d'ententes pour tous.

Pour les lecteurs en général, elles représentent une délicieuse expérience narrative car ces histoires captivantes projettent la beauté de l'esprit arabe, mettant à l'honneur l'honnêteté, la justice, les bonnes actions, les valeurs humaines et l'omniprésence de Dieu.

Partager ces légendes, teintées d'une interprétation et

d'une admiration d'inspiration occidentale, nous offre l'occasion d'améliorer notre compréhension de la culture arabe, pour laquelle la paix et le respect de la vie sont deux valeurs essentielles.

Puisse donc ce livre constituer un point de rencontre où fleurissent le respect et l'harmonie entre le monde arabe et toutes les sociétés du globe.





El vaso encantado

Le verre enchanté

Él tuvo toda la culpa de lo que le pasó. Cuando su padre murió, él recibió una gran fortuna como herencia y no tardó en gastársela. Se quedó más pobre que una rata y no tuvo más remedio que buscar un trabajo. Lo consiguió en un lugar donde asaban corderos, y como no sabía hacerlo, la carne le quedaba quemada o muy cruda. Su patrón siempre lo castigaba por sus errores, pero a él no le quedaba de otra más que aguantarse, si lo abandonaba se moriría de hambre.

Así siguió un buen tiempo, hasta que un día salió a caminar, y cerca de un arroyo descubrió una piedra muy grande. La curiosidad lo mordió. “Abajo de ella debe estar un tesoro”, pensó, y en seguida comenzó a moverla. Cuando por fin logró quitar la piedra del lugar, encontró una loza que tenía una aldaba, jaló de ella y halló un cofre. Lo abrió y adentro estaba otro cofre, volvió a hacerlo hasta que llegó al último cofre que sólo tenía un vaso.

Se conformó con su hallazgo, y antes de volver al trabajo metió el vaso en el arroyo para beber un poco de agua. Cuando lo llevó a sus labios no sintió la frescura del líquido, sino el golpe de las monedas de oro que caían. Volvió a hacer lo mismo y las monedas siguieron brotando del vaso.

Estaba feliz y regresó a la ciudad. No tuvo que caminar mucho para encontrar el palacio del Sultán. Como si fuera cualquier cosa, le pidió a uno de los centinelas que lo dejara entrar para descansar bajo la sombra de los árboles.

Aunque el soldado trató de negarse, terminó aceptando.

Cuando estaba descansando, la hija del Sultán se le acercó.

—Vete de aquí —le dijo—, ¿qué no sabes que está prohibido tirarse en los jardines de mi padre?, ¿acaso quieres aprovecharte porque está lejos para luchar en contra de nuestros enemigos?

—Pero yo no hago ningún mal —le contestó el hombre que estaba maravillado por la belleza de la joven.

A como diera lugar, tenía que quedarse. Sólo de esa manera conquistaría a la joven. Y, como conocía los poderes de su vaso, nada se tardó en sumergirlo en un arroyo cercano para después vaciar las monedas. Al mirar este prodigio, la hija del Sultán se quedó asombrada.

—Si quieres quedarte, tienes que darme tu vaso.

—Y tú, ¿qué me darás a cambio? —le preguntó el hombre.



—¿Qué quieres?

—Que seas mía.

La princesa aceptó y ellos se amaron. El hombre se fue y volvió a sus viejas costumbres: las monedas que había obtenido le duraron tan poco como las riquezas que heredó de su padre. Como ya no tenía manera de mantenerse, regresó a su viejo trabajo. Ahí siguió, asando carneros hasta que por fin logró que la carne quedara buena.

Meses más tarde volvió el Sultán y descubrió que su hija esperaba un bebé. La deshonra le llenó de tristeza. Ella le contó su historia y le reveló como la avaricia se había apoderado de su alma. El Sultán pidió que le trajeran el vaso, lo llenó de agua y el prodigio volvió a ocurrir.

—Regálemelo, hija mía —dijo el Sultán tentado por la avaricia.

—¿Tú también te dejarás tentar por el vaso? —le preguntó su hija.

El Sultán se arrepintió y jamás volvió a tocar el vaso. Sin embargo, aún tenía un problema: la honra de su hija estaba perdida y para devolvérsela debía conseguirle un marido. Durante muchos días todos los hombres desfilaron delante de su balcón y ella los rechazó. Al final sólo quedaba uno, un miserable que asaba la carne de los corderos. El Sultán ordenó que lo trajeran y su hija lo eligió de inmediato.

—Reconozco que eres mi dueño, yo fui tuya y contigo debo permanecer —le dijo al hombre.

Y, desde ese día, ellos vivieron felices.



Pas de doute : tout ce qui lui était arrivé était de sa faute. Lorsque son père était mort, il avait reçu en héritage une grosse fortune et n'avait pas tardé à la dépenser en futilités. Il avait fini plus pauvre qu'un rat et n'avait eu d'autre recours que de se chercher un travail. Il en avait obtenu un comme marmiton pour faire griller de l'agneau mais, comme il ne savait pas comment procéder, sa viande finissait brûlée ou crue, mais jamais bonne. Son patron le sanctionnait et il ne pouvait que ronger son frein car sinon, il serait mort de faim.

Cette situation dura un bon moment mais un jour, sorti se balader, il découvrit à proximité d'un ruisseau une très grande pierre. Sa curiosité en fut piquée. « Il doit y avoir un trésor en dessous » pensa-t-il et il commença immédiatement à la déplacer. Quand il parvint finalement à l'extraire de son emplacement, il vit une dalle sur laquelle était fixée un heurtoir. Il le tira à lui et découvrit un coffre. Il l'ouvrit. Il contenait un autre coffre. Il l'ouvrit à son tour et continua ainsi jusqu'à un dernier coffre qui contenait uniquement en verre.

Satisfait de sa trouvaille, il voulut boire un peu d'eau avant de retourner au travail et il plongea le verre dans le ruisseau. Lorsqu'il le porta à ses lèvres, au lieu de la fraîcheur du liquide, il sentit le cliquetis de pièces d'or qui tombaient. Il refit la même chose et les pièces continuèrent à jaillir du verre.

Tout heureux, il revint en ville. Il n'eut pas à marcher longtemps pour arriver au palais du sultan. Comme si de rien n'était, il demanda à une sentinelle de le laisser entrer se reposer à l'ombre des arbres. Le soldat essaya bien de s'y opposer, mais il finit par accepter.

Alors qu'il reposait, la fille du sultan s'approcha de lui.

— Va-t-en ! lui dit-elle. Ne sais-tu pas qu'il est interdit de

s'allonger dans les jardins de mon père ? N'essayerais-tu pas de profiter qu'il est loin d'ici, à se battre contre nos ennemis ?

— Mais je ne fais rien de mal, lui répondit l'homme, émerveillé de la beauté de la jeune fille.

Il lui fallait à présent rester coûte que coûte car c'était la seule manière de la séduire. Sûr des pouvoirs de son verre, il le plongea dans un ruisseau tout proche et versa les pièces accumulées, à la grande stupeur de la fille du sultan.

— Si tu veux rester, tu dois me donner ton verre.

— Et toi, que me donneras-tu en échange ? lui demanda l'homme.

— Que veux-tu ?

— Que tu sois mienne.

La princesse accepta et ils s'aimèrent. L'homme s'en fut et reprit ses anciennes habitudes. Son or disparut aussi rapidement que l'héritage paternel et, quand il ne lui resta rien pour vivre, il reprit son ancien travail. Il y demeura à faire griller du mouton jusqu'à finalement obtenir une bonne viande.

Après plusieurs mois, le sultan revint et découvrit que sa fille attendait un bébé. L'idée du déshon-

neur submergea son cœur de tristesse. Elle lui raconta son histoire et comment la tentation de l'avarice avait gagné son âme. Le sultan se fit apporter de l'eau dans le verre magique et le prodige eut lieu une nouvelle fois

— Offre-le-moi, ma fille, dit le sultan.

— Toi aussi, tu te laisseras tenter par le verre ? lui demanda sa fille.

Le sultan se repentit et ne toucha plus jamais le verre. Mais il lui restait un problème : l'honneur perdu de sa fille, à quoi le seul remède était de lui trouver un mari. Des jours durant, tous les hommes défilèrent sous son balcon et elle les rejeta l'un après l'autre. Finalement, il n'en restait qu'un, un misérable qui faisait griller de la viande d'agneau. Le sultan ordonna de le faire venir et sa fille le choisit immédiatement.

— Je reconnais que tu es mon maître, dit-elle à l'homme. Nous avons été ensemble et je dois rester à tes côtés.

À partir de ce moment, ils vécurent heureux.







El sastre y el santo

Le tailleur et le saint

Sidi Bel Abbès era un hombre santo. Durante toda su vida había mendigado para los pobres y apenas conservaba lo necesario para no morir de hambre. La gente lo amaba y lo respetaba; incluso, muchos sabían que tenía grandes poderes. Una mañana, un sastre se le acercó llorando: su hijo había muerto a causa de una enfermedad terrible y le rogaba que lo reviviera. Sidi Bel Abbès lo miró y comprendió su tristeza.

—Te ayudaré y tu hijo volverá a la vida —le dijo con una sonrisa.

—¿Qué quieres a cambio? —le preguntó el sastre.

—Cien monedas de plata para los pobres —respondió Sidi Bel Abbès.

El sastre aceptó y juntos volvieron a su casa. Cuando llegaron el niño ya estaba de pie y jugaba con sus amigos.

—Te he cumplido —dijo Sidi Bel Abbès—, ahora tienes que darme las monedas para los pobres.

El sastre dijo que no las tenía en ese momento, pero que Sidi Bel Abbès podía volver en tres días para que se las entregara.

Pasaron los tres días y el hombre santo regresó a la casa del sastre.

Cuando lo vio venir, el Sastre le ordenó a su hijo que se acostara y fingiera que estaba muerto. Sidi Bel Abbès entró y de inmediato escuchó los reclamos:

—Se volvió a morir, por eso no te pagaré nada.

—Que así sea —le dijo Sidi Bel Abbès y se fue del lugar.

El sastre estaba feliz, pero cuando trató de levantar a su hijo se dio cuenta de que estaba muerto. Los gritos de dolor se apoderaron de su garganta y salió a buscar a Sidi Bel Abbès.

—Revívelo, por favor, vuélvelo a revivir —le rogaba.

—Esta vez tendrás que darme docientas monedas.

—¿Cuándo? —le preguntó el sastre con ganas de seguir haciendo trampa.

—Ahora mismo.

El sastre no tuvo más remedio que entregarle la plata de muy mala gana. Aunque tenía la intención de no volver a pagarle, esta vez no le quedó más remedio que hacerlo. Y entonces sólo pasó lo que tenía que pasar: su hijo revivió, pero la desgracia terminó alcanzándolo... nadie entraba a su negocio y el hambre comenzó a torturarlo.

—Tú tienes la culpa —le dijo su mujer—, ve a ver a Sidi Bel Abbès y dale una ofrenda para que te



perdone.

El sastre le hizo caso y buscó a Sidi Bel Abbes durante muchos días. Al final lo encontró en una caverna donde estaba orando.

Cuando el hombre santo miró al sastre, sólo pronunció unas cuantas palabras:

—Puaf puaf —dijo mientras movía su mano.

La voz no había terminado de oírse cuando las monedas brotaron del cuerpo del sastre.

Él trató de tomarlas, pero cada vez que su mano se acercaba a ellas se iban a un lugar más profundo y lleno de cosas nausebundas.

Sidi Bel Abbes se le quedó viendo y entonces le dijo las palabras perfectas:

—Me diste doscientas monedas por revivir a tu hijo después de que trataste de robar la comida de los pobres. Me las diste de mala gana y tenías la intención de matar de hambre a los pobres. Por eso tendrás tu castigo... cada vez que trates de tomar una moneda, ella se alejará y se convertirá en algo asqueroso. Eso es lo que mereces por no cumplir tus promesas y no respetar tus juramentos.



Sidi Bel Abbès était un homme pieux. Toute sa vie durant, il avait mendié pour les pauvres, ne gardant pour lui que le nécessaire pour ne pas mourir de faim. Les gens l'aimaient et le respectaient ; beaucoup savaient d'ailleurs qu'il avait de grands pouvoirs. Un matin, un tailleur vint à lui en pleurant : son fils était mort d'une terrible maladie et il le suppliait de le ramener à la vie. Sidi Bel Abbès l'observa et comprit sa tristesse.

— Je t'aiderai et ton fils reviendra à la vie, lui dit-il avec un sourire.

— Que veux-tu en échange ? lui demanda le tailleur.

— Cent pièces d'argent pour les pauvres, répondit Sidi Bel Abbès.

Le tailleur accepta et ils cheminèrent ensemble vers la maison. Quand ils arrivèrent, l'enfant était déjà sur pied et jouait avec ses amis.

— J'ai tenu ma promesse, dit Sidi Bel Abbès. À toi maintenant de me donner les pièces pour les pauvres.

Le tailleur répondit qu'il ne les avait pas en ce moment mais que si Sidi Bel Abbès pouvait revenir trois jours après, il les lui remettrait.

Trois jours passèrent et l'homme pieux revint chez le tailleur.

Quand il le vit arriver, le tailleur ordonna à son fils de se coucher et de faire semblant d'être mort.

À peine Sidi Bel Abbès était-il entré qu'il dut subir des reproches :

— Il est de nouveau mort et je ne te paierai donc rien.

— Qu'il en soit ainsi, lui répondit Sidi Bel Abbès et il quitta les lieux.

Le tailleur était tout content mais quand il essaya de

relever son fils, il se rendit compte qu'il était vraiment mort. La poitrine submergée de douleur, il sortit à la recherche de Sidi Bel Abbès.

— Fais-le revivre, s'il te plaît, fais-le revivre, le suppliait-t-il.

— Cette fois, tu devras me donner deux cents pièces de monnaie.

— Quand ? lui demanda le tailleur, échafaudant déjà une filouterie.

— Tout de suite.

Le tailleur n'eut d'autre solution que de lui remettre l'argent, ce qui n'était pas du tout son intention première. Son fils revint donc à la vie mais le malheur finit par s'abattre sur lui : personne n'entraîna plus dans son commerce et la faim commençait à le ténasser.

— C'est ta faute, lui dit sa femme. Va voir Sidi Bel Abbès et fais-lui une offrande pour qu'il te pardonne.

Le tailleur suivit son conseil et chercha Sidi Bel Abbès de longs jours durant. Il finit par le trouver dans une grotte, où il priait. Lorsque le saint homme vit le tailleur, il se contenta de lâcher un « pouf, pouf » avec un mouvement de la main.

L'écho de sa voix ne s'était pas éteint

que des pièces de monnaie commencèrent à jaillir du corps du tailleur. Ce dernier essaya de s'en saisir mais chaque fois que sa main s'en approchait, elles s'éloignaient en roulant vers un recoin pestilentiel.

Sidi Bel Abbès resta un moment à l'observer et prononça alors ces mots parfaits :

— Tu m'as donné deux cents pièces de monnaie pour faire revivre ton fils après avoir essayé de voler la nourriture des pauvres. Tu me les as données à contrecœur car tu aurais une fois encore préféré que les pauvres meurent de faim. C'est pourquoi tu seras puni et que chaque fois que tu essaieras d'attraper une pièce, elle t'échappera et se transformera en quelque chose de répugnant. Voilà ce que tu mérites pour ne pas avoir tenu tes promesses ni respecté tes serments.







El rey de los perros

Le roi des chiens

Hace muchos siglos, cuando los perros aún sabían hablar como los seres humanos, llegaron a la conclusión de que deberían tener un rey. Unos animales como ellos bien se merecían esta distinción que los volvería muy parecidos a sus amos. Durante varios días discutieron el asunto con mucho cuidado y también estudiaron a los posibles candidatos para recibir la corona. La decisión que tomarían era muy importante y no podían equivocarse. Su destino, sin duda alguna, dependía de lo que decidieran. Al final, se decidieron por el perro más grande y más fuerte. Después de que le propusieron el trono, él aceptó y les pidió una cosa:

—Tienen que obedecerme en todo lo que mande.

Los otros perros le dijeron que sí, y entonces el nuevo rey volvió a hablar:

—¿Para qué estamos despiertos toda la noche? —les preguntó a sus súbitos mientras hacía cara de preocupación. Los perros hicieron cara de no sé y el soberano continuó con su discurso.

—Nosotros sólo estamos despiertos para proteger los bienes de los hombres. Por eso ladramos toda la noche y siempre nos despertamos muy cansados para jugar y pasear. Esto no es justo, esto no puede continuar. A partir de hoy ya no lo haremos... todas las noches dormiremos sin despertarnos, este es mi primer mandato.

Los perros lo obedecieron y todos se durmieron. Ninguno se preocupó por lo que pasara en la oscuridad; su rey

había ordenado algo y ellos tenían que obedecerlo.

Mientras los perros roncaban, llegaron unos ladrones que se llevaron todo lo que pudieron, las gallinas y corderos terminaron en sus manos. Y, por si esto no fuera suficiente, también se robaron la cesta donde estaba dormido el rey de los perros.

Cuando los ladrones llegaron a su destino comenzaron a repartirse el botín, pero —en el preciso instante en que abrieron la cesta— sólo encontraron un perro. Tanto fue su coraje que le dieron de palos.

El rey de los perros huyó, y muy adolorido se presentó ante sus súbditos. Se sentó y se lamió las heridas antes de empezar a hablar:

—Cuando velamos por los hombres también velamos por nosotros. Me equivoqué en mi mandato, a partir de hoy seguiremos en guardia para proteger a nuestros dueños y a nosotros mismos.

Así lo hicieron y los perros recuperaron la mejor de sus costumbres.



Il y a de cela nombreux siècles, lorsque les chiens parlaient encore comme les humains, ils arrivèrent à la conclusion qu'ils devaient avoir un roi. Des animaux comme eux méritaient bien cette distinction, qui les rendrait très semblables à leurs maîtres. Ils examinèrent la question en profondeur pendant plusieurs jours et étudièrent également les candidats possibles à la couronne. La décision qu'ils allaient prendre était cruciale et ils ne pouvaient pas se tromper. Finalement, ils optèrent pour le chien le plus grand et le plus fort. Quand ils lui eurent proposé le trône, celui-ci accepta, leur demandant une seule chose : — Vous devez m'obéir en tout.

Les autres chiens acquiescèrent, après quoi le nouveau roi reprit la parole :

— Pourquoi restons-nous éveillés toute la nuit ? demanda-t-il à ses sujets avec une mine soucieuse.

Un air de franche ignorance se peignit sur le museau des chiens et le souverain poursuivit son discours.

— Nous ne restons en alerte que pour protéger les biens des hommes. Voilà pourquoi nous aboyons toute la nuit et nous nous éveillons trop fatigués pour jouer et pour nous promener. Ce n'est pas juste, ça ne peut pas durer. À partir d'aujourd'hui, nous ne le ferons plus. C'est là mon premier commandement.

Les chiens lui obéirent et tous dormirent. Aucun ne prêta attention à ce qui pouvait se passer dans le noir ; leur roi l'avait ordonné et ils devaient s'y tenir.

Tandis qu'ils ronflaient, survinrent des voleurs, qui emportèrent tout ce qu'ils pouvaient, faisant main basse sur les poules, les agneaux et, comme si ça ne suffisait pas, dérobaient également le panier où se trouvait le roi des chiens.

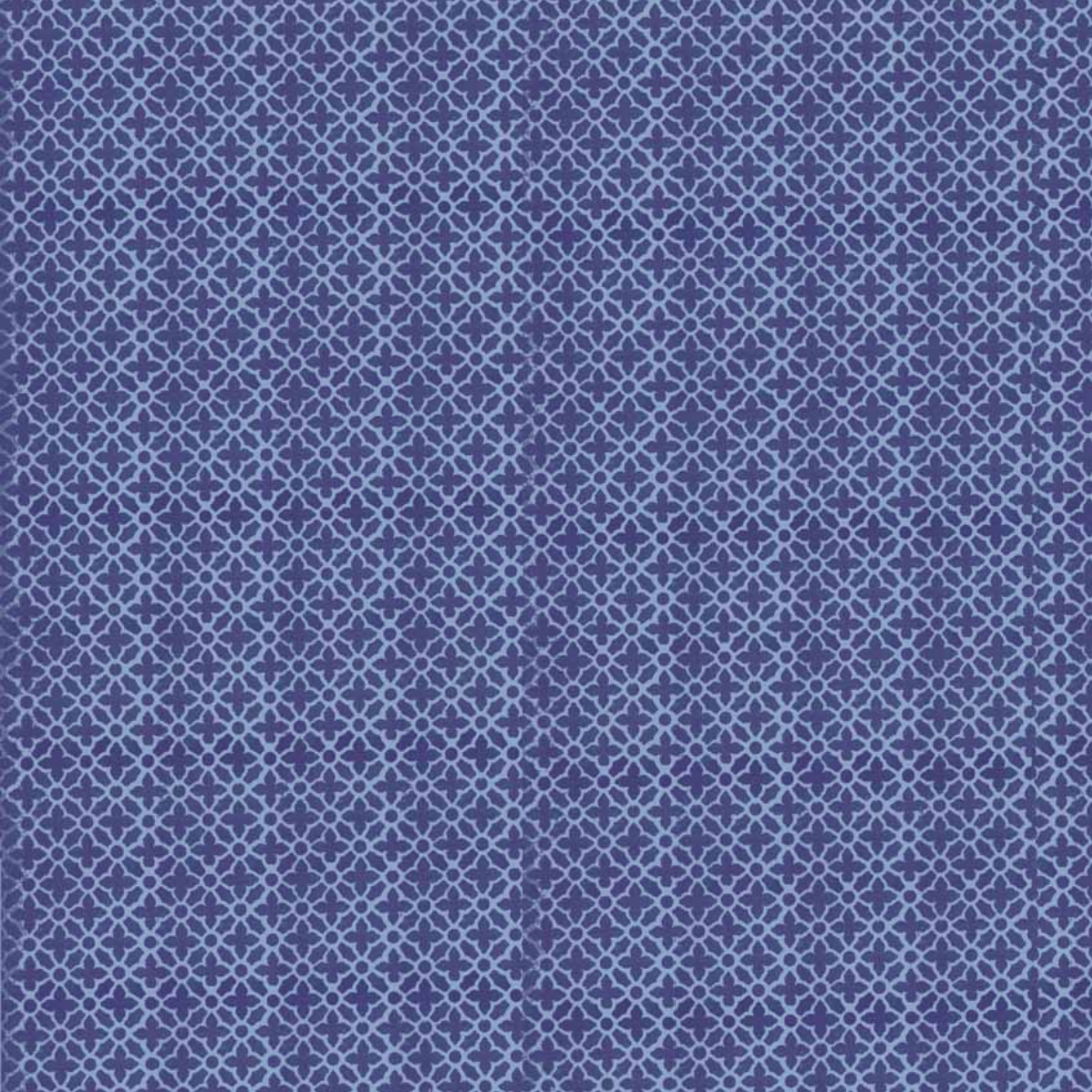
Quand les brigands arrivèrent à destination, ils com-

mencèrent à se répartir leur butin mais, au moment d'ouvrir le panier, ils ne trouvèrent qu'un chien. Ils en furent si furieux qu'ils le rouèrent de coups de bâton.

Le roi des chiens s'enfuit et se présenta endolori devant ses sujets. Il s'assit, lécha ses blessures et prit la parole :

— Quand nous veillons sur les hommes, nous veillons également sur nous-mêmes. Mon ordre était une erreur. À partir d'aujourd'hui, nous resterons vigilants pour protéger nos maîtres et nous-mêmes. Ainsi firent les chiens et ils reprirent leur meilleure habitude.







La leyenda de Sidi Rahhal

La légende de Sidi Rahhal

Sidi Rahhal quería viajar por el mundo y conocer a la gente de otros lugares, pero su fama jamás le permitiría saber la verdad. Todos se portarían de una manera distinta delante de un hombre santo. Por esta razón se dejó crecer el cabello, se vistió con la ropa de un mendigo y también dejó de arreglarse. Así se fue y nada le ocurrió hasta que llegó a un pueblo que estaba a mitad de la nada. En ese lugar vio a una mujer que estaba cuidando a sus corderos. Ella era pobre y seguramente necesitaba ayuda. Sidi Rahhal quiso dársela sin ofenderla.

—Dame trabajo, por favor te lo pido —le dijo Sidi Rahhal.

—¿Cuánto me cobrarás? —preguntó la mujer que sólo pensaba en el mal y el dinero.

—Nada, casi nada.

Con la idea de sacar provecho del hombre que le ofrecía su trabajo, la mujer le presentó el caso a los ancianos de la aldea. La codicia de obtener riquezas la había mordido como siempre lo hacía. Después de discutir durante un rato, los ancianos llamaron a Sidi Rahhal y le preguntaron cuánto cobraría con exactitud.

—Sólo pido que me den los corderos que nazcan con una sola mancha en la cabeza.

Como esto sólo pasaba muy de vez en vez, los ancianos le dijeron a la mujer que aceptara. No había manera de que perdiera en este negocio.

Todo habría salido muy bien, pero aquella mujer era malvada. Eran tan mala que el castigo del Cielo cayó sobre

ella: todos los corderos nacieron con una sola mancha en la cabeza. Al darse cuenta de lo que había pasado, decidió envenenar a Sidi Rahhal. Le preparó de comer y en el guiso mezcló la más terrible de las ponzoñas. El veneno de las serpientes y los escorpiones eran poca cosa ante lo que había preparado. Sidi Rahhal conocía la trampa que la mujer le había puesto y no tocó la comida.

Sin embargo, el hijo de aquella mujer era un glotón. No se detuvo a pensar en las consecuencias y también ignoró las advertencias de Sidi Rahhal. En un pestañeo devoró los alimentos y se murió de inmediato.

La mujer gritó, lloró y convenció a la gente del pueblo para que lanzara en contra Sidi Rahhal, pero él les dijo la verdad:

—Ella fue la que preparó el veneno, yo no maté a su hijo... ella es la asesina. Todos lo sabemos, el que comete una mala acción tam-



bién la recibe sin que nadie pueda evitarlo.

La mujer no tuvo más remedio que confesar su crimen y fue castigada.

Entonces, Sidi Rahhal se despojó de sus ropas de mendigo y mostró sus poderes.

—¡Que mis corderos se separen de los de esta mujer! —ordenó con una voz fuerte.

Los corderos lo obedecieron y Sidi Rahhal volvió a su tierra, pero cada vez que se encontraba con alguien pobre, le regalaba alguno de los corderos. Eso es lo que siempre hacen los hombres santos.



Sidi Rahhal souhaitait voyager de par le monde et rencontrer des habitants d'autres contrées, mais jamais sa célébrité ne lui permettrait de connaître le fond des choses. Personne en effet ne se comporterait naturellement face à un saint homme. Aussi décida-t-il de se laisser pousser les cheveux, il revêtit des hardes de mendiant et cessa de prendre soin de son apparence. Il s'en fut ainsi et rien ne s'était encore produit lorsqu'il arriva dans un village au milieu de nulle part.

À cet endroit, il vit une femme qui veillait sur des agneaux. Elle était pauvre et avait besoin d'aide. Sidi Rahhal voulut lui en proposer sans l'offenser.

— Je t'en prie, donne-moi du travail, lui dit-il.

— Et combien demanderas-tu ? questionna la femme qui ne pensait qu'au mal et à l'argent.

— Rien, pratiquement rien.

Voyant là un profit à tirer, la femme porta le cas devant les anciens du village. Elle était, comme toujours, aiguillonnée par l'appât de quelque gain. Après en avoir discuté un moment, les anciens appelèrent Sidi Rahhal et lui demandèrent quel salaire il souhaitait exactement.

— Je demande seulement qu'on me cède les agneaux qui naîtront avec une seule tache sur la tête.

Comme ce phénomène ne se produisait que rarement, les anciens dirent à la femme d'accepter. Elle ne pouvait sortir perdante de cette affaire.

Tout se serait passé au mieux si cette femme n'avait pas été mauvaise. Si mauvaise en réalité que le châtiment du ciel s'abattit sur elle : tous les agneaux naquirent avec une seule tache sur la tête. Voyant cela, elle décida d'empoisonner Sidi Rahhal. Elle lui prépara à manger et incorpora à son plat le plus terrible des poisons. Le venin des serpents et des scorpions n'était que peu de chose en

comparaison.

Sidi Rahhal savait que la femme lui avait tendu un piège et ne toucha donc pas au repas. Or le fils de cette femme était gourmand. Sans aucunement penser aux conséquences ni écouter les mises en garde de Sidi Rahhal, il engloutit tous les aliments et mourut sur le coup.

La femme cria, pleura et harangua les villageois, qui se ruèrent sur Sidi Rahhal. Mais celui-ci se contenta de leur dire la vérité :

— C'est elle qui a préparé le poison, je n'ai pas tué son fils... C'est elle l'assassin. Nous savons tous que qui commet une mauvaise action la subit également, sans que personne ne puisse l'éviter.

La femme n'eut plus d'autre choix que d'avouer son crime et elle fut punie.

Alors, Sidi Rahhal se défit de son accoutrement de mendiant et fit voir ses pouvoirs.

— Que mes agneaux se séparent de ceux de cette femme ! ordonna-t-il d'une voix forte.

Les animaux lui obéirent et Sidi Rahhal revint chez lui en offrant à tous les pauvres qu'il rencontrait l'un de ses agneaux.



El leñador y el genio

Le bûcheron et le génie

La suerte no estaba del lado del leñador. Tenía muchos hijos y la miseria no lo soltaba por más que se esforzaba en su trabajo. Todos los días, desde la mañana hasta la noche, él cortaba árboles y llevaba los troncos a su pueblo. Su vida habría seguido de esa manera hasta el final del tiempo, pero una vez —cuando estaba más cansado— se le apareció un genio.

El leñador le contó su historia y el genio se compadeció de él.

—Ten, te doy un molino de piedra... de él podrán vivir los tuyos sin que tengas que sufrir.

El leñador aceptó y sus días cambiaron. Pero no pasó mucho tiempo antes de que su esposa le prestara el molino a una de sus amigas y la miseria volviera con toda su fuerza. La mujer jamás se lo devolvió. Ante esta desgracia, el leñador regresó al bosque. Ahí estaba, dando hachazos y cargando la madera. En esas estaba cuando volvió a encontrarse con el genio.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el genio intrigado.

—Mi mujer le prestó el molino a una de sus amigas y ella nunca nos lo devolvió.

El genio frunció la frente, pero volvió a conmovirse:

—Ten esta bandeja, cada vez que la pongas en tu mesa se llenará de comida.

El leñador volvió a agradecerle al genio su buena voluntad y regresó a su casa. Desde ese día no volvió al bosque y su vida fue mejor de lo que jamás había pensado. Sin em-

bargo, una de sus vecinas descubrió su secreto. La mujer le pidió a la esposa del leñador la bandeja y después le hizo trampa: sólo le regresó una que se parecía mucho, pero era como cualquier otra.

La miseria regresó a casa del leñador y él no tuvo más remedio que regresar al bosque. El ruido de su hacha volvió a llamar la atención del genio. Cuando se apareció delante de él, estaba muy molesto, pero el leñador le contó su historia y recibió un nuevo regalo:

—Ten este gato negro, tú y tu familia vivirán de su caca.

El leñador estaba sorprendido pero no le dijo nada. Sólo tomó al gato y se lo llevó a su casa. Y ahí lo vio mientras zurraba: en vez de caca, de su cuerpo salían piedras preciosas. Pero como el leñador nunca había visto esas maravillas, no sabía qué cosa eran esos vidrios. Sin embargo, un comerciante lo vio y le compró el gato. El dinero le duró muy poco y tuvo que volver



al bosque.

En esa ocasión, no había logrado dar tres hachazos cuando el genio volvió a aparecerse. Aunque su paciencia ya se estaba acabando, volvió a darle un regalo.

—Ten estos clavos —le dijo—, son lo último que te daré. Si los pierdes o algo les pasa morirás en ese instante.

—¿Pero qué debo de hacer con ellos?

—Ve a la casa de los que te hicieron trampa y muéstraselos.

El leñador le hizo caso. Se presentó a la casa de la amiga de su mujer, le enseñó los clavos y ella le devolvió el molino; después fue con su vecina, hizo lo mismo y la mujer le regresó la bandeja; por último, llegó a casa del comerciante y, en el momento en que le enseñó los clavos, le devolvió el gato.

El leñador se volvió el hombre más rico del mundo, pero él, con todo el cuidado posible, siempre mantenía los clavos muy cerca: nunca dejó que su mujer los tocara, jamás permitió que la gente los viera, y así siguió hasta que su vida se terminó.



La chance n'était pas du côté du bûcheron. Il avait de nombreux enfants et il avait beau s'échiner au travail, la misère lui collait aux basques. Tous les jours, de l'aube à la nuit, il abattait des arbres et transportait leur tronc au village. Tout aurait pu continuer ainsi jusqu'à la fin des temps, mais un jour où il était particulièrement fatigué, un génie apparut.

Le bûcheron lui raconta son histoire et le génie s'en émut.

— Tiens, voici un mortier de pierre. Vous pourrez en vivre, toi et les tiens, sans que tu doives souffrir.

Le bûcheron accepta et sa vie changea. Or, peu de temps après, sa femme prêta le mortier à l'une de ses amies. Celle-ci ne le leur rendit pas. La misère revint au galop. Dans ces conditions, le bûcheron revint dans la forêt. Il en était là, à batailler à coups de hache et à transporter les troncs, lorsqu'il rencontra à nouveau le génie.

— Mais que fais-tu ici ? s'enquit celui-ci, intrigué.

— Ma femme a prêté le mortier à une de ses amies et celle-ci ne nous l'a jamais rendu.

Le génie fronça les sourcils mais il fut à nouveau touché.

— Je vais te donner ce plateau. Chaque fois que tu le mettras à table, il se remplira de nourriture.

Le bûcheron remercia à nouveau le génie pour sa bonne volonté et revint chez lui. À dater de ce jour, il ne revint plus dans la forêt et sa vie s'améliora d'une façon qu'il n'aurait jamais imaginée. Or, l'une de ses voisines découvrit son secret. Elle demanda le plateau à l'épouse du bûcheron et la trompa ensuite en lui en rendant un autre, très ressemblant mais tout à fait quelconque.

La misère refit son apparition chez le bûcheron et celui-ci ne put que reprendre le chemin de la forêt. Le bruit de sa hache attira à nouveau le génie, qui survint à nouveau, très fâché à présent. Mais, le bûcheron lui ayant raconté

son histoire, il lui fit un nouveau cadeau.

— Prends ce chat noir. Toi et ta famille vivrez de ses crottes.

Le bûcheron fut surpris mais n'en dit rien. Il se contenta de prendre le chat et de le ramener chez lui. Quand l'animal déféqua, le bûcheron constata qu'en guise de crottes, il expulsait des pierres précieuses. Mais comme il n'avait jamais vu semblable merveille, il ignorait ce qu'étaient ces petits morceaux de verre. Un commerçant ayant assisté au prodige lui acheta le félin. L'argent avait fait long feu et il fallut retourner en forêt.

Cette fois, le bûcheron n'avait pas donné trois coups de hache que le génie lui apparut à nouveau. Sa patience était à bout mais il lui offrit pourtant un cadeau.

— Prends ces clous, lui dit-il. C'est la dernière chose que je te donnerai. Si tu les perds ou s'il leur arrive quelque chose, tu mourras sur le coup.

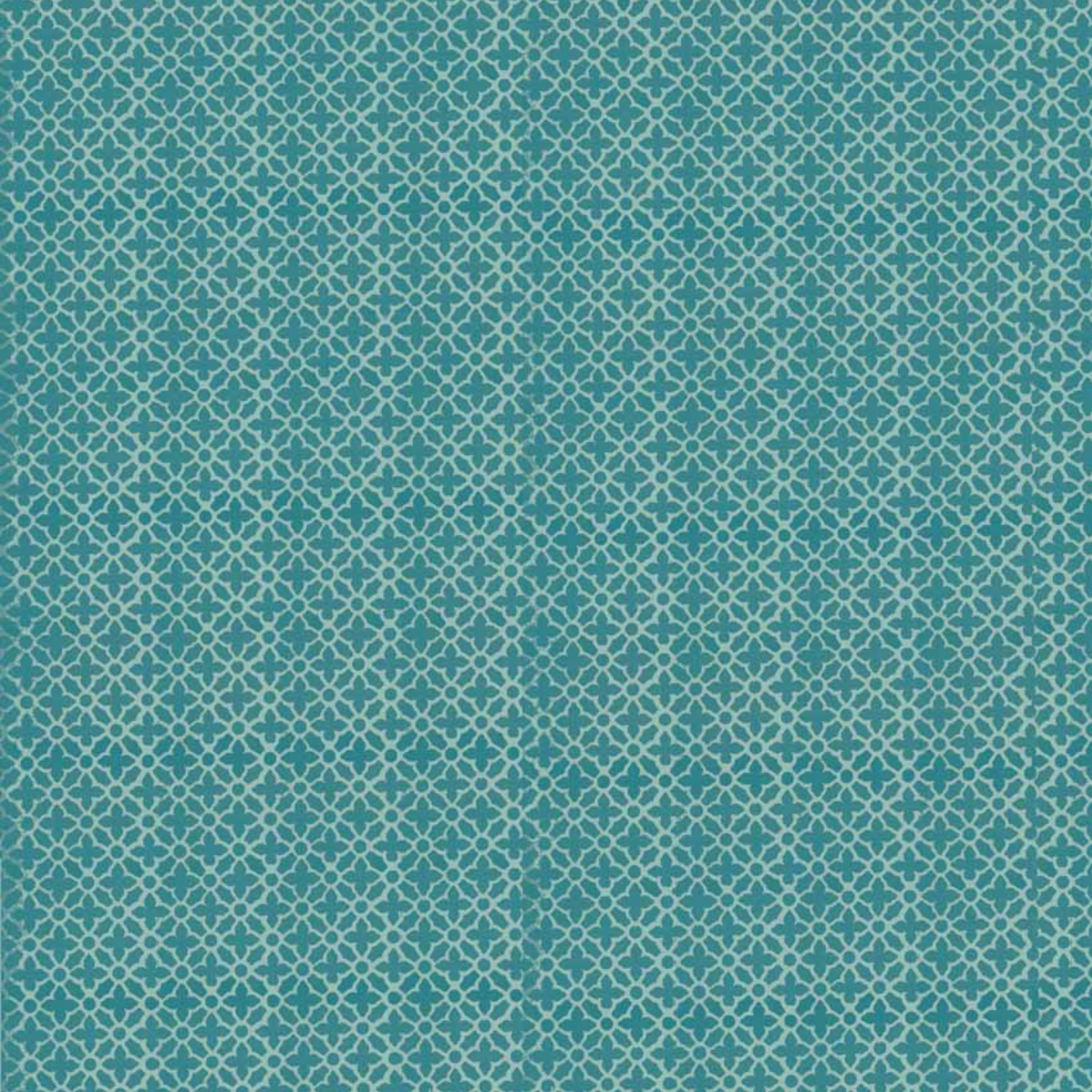
— Mais que dois-je faire ?

— Va chez tous ceux qui t'ont trompé et montre-les-leurs.

Le bûcheron obéit. Il se présenta chez l'amie de sa femme, lui montra les clous et elle lui restitua le

mortier. Il alla ensuite voir sa voisine, fit de même et la femme lui remit le plateau. Il se présenta enfin chez le commerçant qui, à l'instant où il vit les clous, lui rendit son chat. Le bûcheron devint alors l'homme le plus riche du monde et il garda toujours les clous près de lui avec grand soin, sans jamais permettre à sa femme d'y toucher ni à quiconque de les voir, et ce, jusqu'à la fin de sa vie.







La joven que no quería hilar

La jeune fille qui ne voulait pas filer

Por más que le decían y le rogaban, a esa joven no le gustaba hilar. Por más que se esforzaba su madre, tampoco había manera de que cumpliera con esa obligación. Ella podía pasarse días enteros sin lograr que la lana de una sola oveja se transformara en hilo. Al principio, su mamá sólo se preocupó, pero después se dio cuenta que ningún hombre en su sano juicio la tomaría como su esposa.

“Una mujer a la que no le gusta hilar nunca conseguirá un buen marido”, pensó su madre mientras trataba de encontrar una manera de solucionar este gravísimo problema. Si no lograba resolverlo, su hija se quedaría solterona hasta que su tiempo se acabara.

Así estaban las cosas, pero una vez, cuando los amigos de su esposo visitaban su casa, ella comenzó a gritarle a su hija mientras llenaba una canasta con hilos de la lana. Las madejas de todas las mujeres de la casa terminaron en esa cesta que a cada paso amenazaba con desbordarse. Ahí, en ese pequeño espacio, estaba hilada la lana de cien ovejas. Sin avisarle, empezó a empujar a su hija y la obligó a ir delante de los hombres. Tanto era el maltrato que su padre tuvo que intervenir:

—¿Por qué le gritas de esa manera? —le dijo a su esposa. La mujer le enseñó la canasta que desbordaba hilos y después de eso le contestó:

—Porque ella no ha podido hilar más que esto en toda la mañana.

La mujer no sólo dijo esas palabras, pues también le

explicó a los hombres que ahí estaban que su hija hilaba tanto y tan rápido que la lana de todas las ovejas de la familia se transformaba en unas pocas horas. Uno de los que ahí estaban se quedó sorprendido por el trabajo de la joven y de inmediato pidió su mano.

Los padres estuvieron de acuerdo y la boda ocurrió unas cuantas semanas más tarde.

El día que se iba a casar, la madre siguió con sus planes: tomó a la muchacha, le embarró sebo en el trasero y algo le murmuró. Esas palabras serían su secreto y le abrirían la puerta de la felicidad. Cuando su esposo descubrió las marcas negras se quedó asombrado. —¿Qué te pasó? —le preguntó angustiado.

—Son moretones que tengo por estar sentada para hilar —le respondió la joven que sólo repetía las palabras que le había dicho su madre.

El marido se sintió apesadumbrado, y desde ese día le prohibió que volviera a hilar.



On avait beau insister et supplier, cette jeune fille n'aimait pas filer et, malgré tous les efforts de sa mère, il n'y avait pas moyen de lui faire accomplir cette tâche. Elle pouvait y passer des heures et des heures sans parvenir à transformer la laine d'une seule brebis en fil. Au début, sa mère était simplement contrariée, mais elle se rendit rapidement compte qu'aucun homme sain d'esprit ne la prendrait pour femme. « Une femme qui n'aime pas filer ne se trouvera jamais un bon mari », pensait-elle tandis qu'elle s'efforçait de trouver une solution à ce gravissime problème. À défaut, la jeune femme resterait vieille fille jusqu'à la fin de son existence.

Les choses en étaient là lorsque, un jour où les amis de son mari étaient présents, elle commença à morigéner sa fille tout en remplissant un panier de fils de laine. Toutes les pelotes de toutes les femmes de la maison se trouvèrent bientôt dans ce panier, menaçant de s'écrouler à chaque pas. Sans un mot d'avertissement, elle se mit à pousser sa fille et l'obligea à se présenter devant l'assemblée masculine. Tant de brimades obligèrent le père à intervenir : — Pourquoi la réprimandes-tu de cette façon ? demandait-il à sa femme.

La femme lui montra le panier débordant de fils avant de lui répondre.

— Parce que, de toute la matinée, elle n'a pas réussi à filer plus que ça.

La femme ne s'en tint pas là ; elle expliqua également aux hommes présents que sa fille filait tellement et si rapidement, que la laine de toutes les brebis de la famille s'en trouvait transformée en un rien de temps. L'un des hommes présents, ébahi par le travail de la jeune femme, demanda immédiatement sa main.

Les parents furent d'accord et la noce eut lieu quelques

semaines plus tard.

Le jour du mariage, la mère continua d'ourdir son plan : elle prit la jeune fille avec elle, lui enduisit le derrière de suif et lui murmura quelque chose à l'oreille. Ces mots seraient leur secret et ils lui ouvriraient les portes du bonheur.

Quand son mari découvrit les marques noires, il fut stupéfait.

— Que t'est-il arrivé ? lui demandait-il anxieusement.

— Ce sont des bleus, à force de rester assise pour filer, lui répondit la jeune fille, répétant seulement ce que sa mère lui avait soufflé.

Son mari en fut bouleversé et, de ce jour, il lui interdit de recommencer à filer.





La diadema y la mujer del Sultán

Le diadème et la femme du sultan

La voz del más pobre de los hombres tocó el oído de la mujer del Sultán. Ella volvió el rostro y lo miró. Tenía curiosidad y quería que sus ojos se llenaran con su imagen. La razón de su proceder no era rara, ya había escuchado las palabras que contaban la historia de ese hombre: alguna vez, él había sido un comerciante muy rico, pero todo su oro lo usó para ayudar a los pobres. Su miseria, qué duda cabe, era santa.

Conmovida, la esposa del Sultán quiso darle algo, pero no tenía ninguna moneda. Así, sin pensarlo dos veces, se quitó su diadema y se la entregó al más pobre de los hombres. Al recibirla, él se inclinó para agradecer y siguió su camino.

Sin detenerse a pensar en sus necesidades, el hombre más pobre entre los pobres comenzó a repartir las piedras preciosas de la diadema, y lo mismo hizo con el oro que la formaba. Cuando le quedaba un rubí, algo le dijo que lo guardara para él. No lo pensó más. Le hizo caso a su intuición y con esa piedra montó un pequeño negocio que creció y creció hasta que él recuperó su antigua fortuna, pero nunca dejó de ayudar a quienes lo necesitaban.

Sin embargo, la suerte del hombre que había sido el más pobre entre los pobres no le sonrió a la mujer del Sultán. Cuando volvió a su casa, su esposo le preguntó dónde estaba su diadema.

—Se la di a un hombre que mendigaba en nombre del Profeta de Alá.

El Sultán no le creyó y la condenó: el verdugo le cortó las manos y ella fue lanzada a la calle para que sólo pudiera vivir de las limosnas.

Ahí iba la mujer, triste y mutilada; así siguió hasta que un día llegó ante la tienda del hombre que había sido el más pobre de los pobres. Él se le quedó viendo y le habló:

—Entra a comer, por favor, entra a comer... debes tener mucha hambre —le dijo.

—No puedo, eso sería deshonesto —le contestó ella.

—¿Si te convirtieras en mi esposa entrarías?

—Sí, sólo así lo haría.

Se casaron y, aunque eran muy felices, la mujer siempre escondía sus muñones por pena.

Así habría seguido, pero una noche soñó que el Profeta de Alá se acercaba a ella y le acariciaba sus brazos heridos. Cuando despertó se sentía feliz, y al levantar sus brazos vio como sus manos habían



renacido.

El milagro corrió de boca en boca y llegó a oídos del Sultán. De inmediato, él supo que esa mujer había sido su esposa y que nunca mintió.

Así, se fue en su caballo hasta la casa del hombre que había sido el más pobre entre los pobres. Fue recibido con cortesía y le pidió a la mujer que volviera a su lado. Ella se negó y siguió siendo la esposa del hombre bueno que ayudaba a los pobres. Los ojos de Dios los miraban para bendecirlos.



La voix du plus pauvre des hommes arriva au tympan de la femme du sultan. Elle se tourna et l'observa. Pleine de curiosité, elle voulait que ses yeux se remplissent de son image. Il n'y avait à cela rien d'étrange car elle avait déjà entendu le récit de sa vie. Il avait un jour été un commerçant fortuné mais avait utilisé tout son or pour aider les pauvres. Nul doute, sa misère était sainte.

Touchée, l'épouse du sultan voulut lui donner quelque chose, mais elle n'avait pas d'argent. Sans hésiter, elle ôta son diadème et en fit don au plus pauvre des hommes. Celui-ci le reçut, s'inclina en remerciement et poursuivit sa route.

Sans penser un instant à ses propres besoins, le plus pauvre des pauvres commença à distribuer les pierres précieuses du diadème et procéda à l'identique avec l'or dont il était constitué. Lorsqu'il ne lui resta qu'un rubis, quelque chose lui souffla de le garder pour lui. Aussitôt, obéissant à son intuition, il monta grâce à cette pierre une petite affaire qui grandit et grandit encore, jusqu'à lui permettre de récupérer son ancienne fortune, sans qu'il cessât pour autant d'aider quiconque était dans le besoin.

Or la même chance ne sourit pas à la femme du sultan. Quand elle revint chez elle, son mari lui demanda où était le diadème.

— Je l'ai donné à un homme qui mendiait au nom du prophète d'Allah.

Le sultan n'en crut rien et il la condamna : le bourreau lui coupa les mains et elle fut jetée à la rue pour ne vivre que de la charité.

La femme erra, triste et mutilée, jusqu'au jour où ses pas la conduisirent devant le magasin de celui qui avait été le plus pauvre des pauvres. Ce dernier l'observa un moment

et lui dit :

— Viens manger s'il te plaît, viens manger... tu dois avoir très faim.

— Je ne peux pas, ce ne serait pas correct, lui répondit-elle.

— Et si tu devenais mon épouse, tu entrerais ?

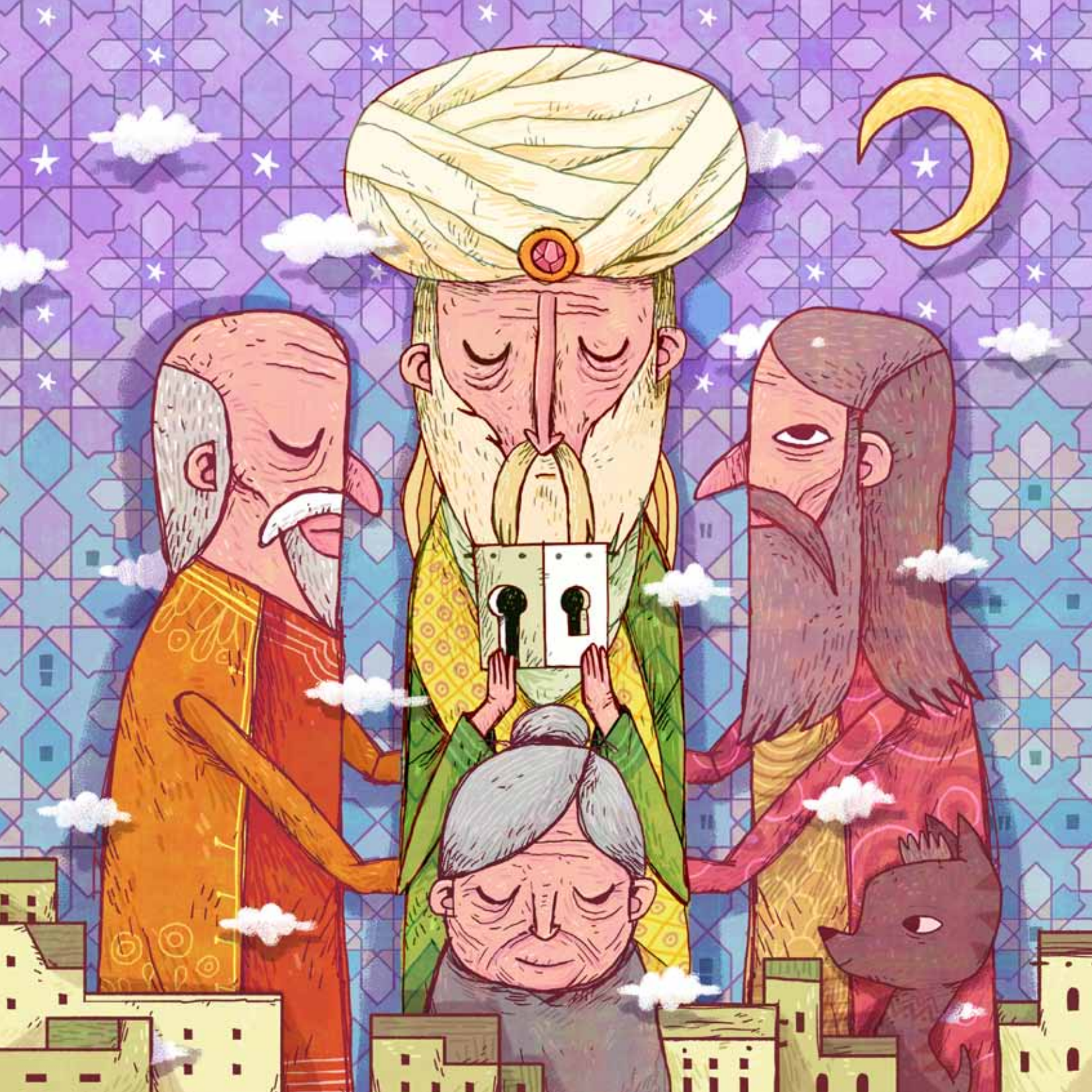
— Oui, il n'y a qu'ainsi que je le ferais.

Ils se marièrent mais, malgré leur bonheur, la gêne obligeait la femme à toujours cacher ses moignons.

Les choses auraient continué de la sorte si, une nuit, elle n'avait pas rêvé que le prophète d'Allah s'approchait d'elle et caressait ses membres mutilés. Lorsqu'elle s'éveilla, elle se sentait radieuse. Levant les bras, elle vit qu'elle avait retrouvé ses mains.

Le miracle se répandit comme une traînée de poudre et arriva aux oreilles du sultan. Il sut que cette femme avait été son épouse et que celle-ci n'avait jamais menti.

Il se présenta à cheval chez l'homme qui avait été le plus pauvre des pauvres. On le reçut avec courtoisie et il demanda à la femme de revenir à ses côtés. Elle refusa et demeura l'épouse de l'homme bon qui secourait les misérables. Les yeux de Dieu étaient fixés sur eux pour les combler de bénédictions.



Una casa en el paraíso

Une maison au paradis

El Sultán nunca se olvidaba de su amigo. Ese hombre, al que conocía desde que era niño, lo acompañaba a todas partes, lo aconsejaba y jamás se enriqueció gracias al cariño que le tenía el más poderoso de los hombres. El buen amigo no tenía casa ni huertos, apenas contaba con poca ropa que siempre lo amenazaba con volverse unos hilachos y, por supuesto, tampoco tenía rebaños. Los corberos, las ovejas y los camellos estaban muy lejos de sus posibilidades. Él era pobre, muy pobre, el más pobre entre todos los pobres de todo Marrakech.

Un día, el Sultán le dio una bolsa de oro a su amigo y él, sin pensarlo dos veces, fue a buscar a un comerciante. Por fin tenía la oportunidad de lograr uno de sus sueños.

—Ve a Fez y cómprame una casa, ese es mi anhelo más grande —le dijo al comerciante mientras le entregaba la bolsa llena de oro.

Nada se tardó en salir el comerciante. El camino era largo y debía cumplir su encomienda. Sin embargo, en la entrada de Fez se encontró con una anciana miserable que mendigaba con una voz que ardía en el alma.

—El que me dé pan para mis hijos tendrá una bella casa después de su muerte.

Al escucharla, el comerciante le entregó la bolsa de oro y regresó a Marrakech.

Cuando volvió, el Sultán y su amigo fueron a verlo.

—¿Dónde están las llaves de mi casa? —le preguntó el amigo pobre.

—No tiene llaves como las que conoces —contestó el comerciante.

—No importa... dime dónde está.

—En el mejor lugar de todos...

El Sultán lo escuchó y el comerciante le pidió que llamara a uno de sus escribanos para dictarle una carta que reveleba los secretos de la casa que había comprado. El poderoso aceptó.

—Tengo que dictarle lejos de ustedes el documento sobre la casa que te compré —le dijo el comerciante al hombre pobre. Después de eso remató sus palabras con una petición—. Ustedes sólo podrán leerlo después de mi muerte.

El Sultán y su amigo aceptaron.

Tuvieron mucha paciencia, y cuando el alma dejó el cuerpo del comerciante abrieron el cofre donde se guardaba el documento. Sus ojos lo recorrieron poco a poco y allí encontraron una verdad: “Amigo, la casa que me permitiste comprar es perfecta y, para pagarte por ella, te compré una igual: por tu generosidad, Dios te espera en el paraíso”.



Le sultan n'oubliait jamais son ami. Cet homme, qu'il connaissait depuis l'enfance, l'accompagnait partout, le conseillait et jamais il ne s'était enrichi en profitant de l'affection que lui témoignait le plus puissant des hommes. Ce bon ami ne possédait ni maison, ni potager, à peine quelques vêtements toujours sur le point de partir en lambeaux et, bien entendu, pas le moindre troupeau : agneaux, brebis et chameaux étaient très éloignés de ses moyens. Il était pauvre, très pauvre, pauvre parmi les pauvres de Marrakech.

Un jour, le sultan donna un sac d'or à son ami et celui-ci s'en fut quérir un commerçant. Il avait finalement l'occasion d'accomplir l'un de ses rêves.

— Va à Fez et achète-moi une maison, lui dit-il en lui remettant le sac. C'est mon plus grand rêve.

Le commerçant partit promptement ; la route était longue et sa mission, impérieuse. Or, à l'entrée de Fez, il rencontra une misérable vieille femme qui mendiait d'une voix à vous incendier l'âme.

— Quiconque me donnera du pain pour mes enfants aura une belle demeure après sa mort.

Entendant cela, le commerçant lui remit le sac d'or et s'en revint à Marrakech.

Quand il fut de retour, le sultan et son ami passèrent le voir.

— Où sont les clés de ma maison ? lui demanda l'ami nécessiteux.

— Elle n'a pas de clé comme celles que tu connais, répondit le commerçant.

— Peu importe... Dis-moi où elle se trouve.

— Au meilleur emplacement possible...

Comme le sultan écoutait, le commerçant lui demanda d'appeler un de ses greffiers pour lui dicter une lettre qui révélait les secrets de la demeure qu'il avait achetée. Le puissant personnage accepta.

— C'est en privé que je dois lui dicter le document à pro-

pos de cette maison, leur annonça le commerçant. Il ajouta cette supplique : Ne le lisez qu'après ma mort !

Le sultan et son ami acceptèrent.

Ils firent preuve de beaucoup de patience et lorsque l'âme du commerçant abandonna sa dépouille, ils ouvrirent le coffre où était conservé le document. Leurs yeux le parcoururent lentement et ils y trouvèrent cette vérité : « Mon ami, la maison que tu m'as permis d'acheter est parfaite et, en contrepartie, je t'en ai acheté une identique. Pour ta générosité, Dieu t'attend au paradis. »





La historia del vendedor de bandejas

Le vendeur de plateaux

La fortuna que le heredó su padre le duró muy poco. Apenas habían pasado unos cuantos meses cuando a ese joven apenas le quedaban diez monedas. Aunque era muy derrochador, él tenía un alma buena y por eso, en el momento en que se encontró con Sidi Bel Abbès, se las dio como una limosna para los pobres. Entregárselas a un hombre santo era lo mejor que podía hacer. Después de esto se fue caminando por las calles de la ciudad mientras murmuraba una plegaria.

No había llegado muy lejos cuando escuchó los gritos de una joven. Corrió hacia el lugar del que venían las voces y miró como una muchacha era atacada por un esclavo. No tuvo miedo, sólo hizo lo que tenía que hacer. Desenvainó su sable y se preparó para defenderla. Un solo tajo fue suficiente para que la cabeza del esclavo rodara.

Cuando la joven se repuso, él le contó su historia y ella lo miró agradecida.

—Este es un milagro más de Sidi Bel Abbès —le dijo la joven—. Si no le hubieras dado las últimas monedas que te quedaban jamás me habrías salvado. Por eso, yo, que soy la hija del Sultán, te premiaré por tu valentía y tu generosidad con los pobres. Ve a tu casa y cada mañana llegará a tu puerta una esclava para llevarte comida y diez lingotes de plata.

La hija del Sultán cumplió con su palabra y la fortuna del hombre se hizo más grande. Era tan inmensa que pronto despertó la envidia de la gente que lo conocía.

—Esas barras de plata tienen la marca del Sultán —murmuró uno de ellos.

—Tenemos que acusarlo por sus crímenes —dijo otro.

—Él sólo merece la muerte —susurró un tercero.

Los hombres del Sultán no se tardaron en apresarlos y llevarlos ante el amo y señor de la ciudad. La plata que faltaba en su tesoro era una buena razón para no dudar que él se la había robado.

Cuando iban hacia el palacio, Sidi Bel Abbès vio al hombre generoso y decidió acompañarlo. Nadie trató de detenerlo, nadie podía oponerse a que el hombre santo atestiguara como el Sultán castigaría al ladrón.

Al llegar ante el poderoso, Sidi Bel Abbès habló, su voz era clara, perfecta, imposible de ser desobedecida.

—Si tú quieres saber el origen de la plata de este hombre —le dijo al Sultán— debes oír su historia.



El Sultán, a pesar de su furia, le hizo caso al hombre santo.

—Habla sin miedo —le dijo.

El hombre generoso le contó lo que había pasado y el Sultán se acercó a él para abrazarlo. Después llamó a su hija y ella repitió la historia sin que faltara una sola palabra. La sonrisa regresó al rostro del poderoso, y entonces pronunció su sentencia:

—Tú eres un hombre valiente y generoso, desde hoy serás mi visir y la mano de mi hija te corresponde.

La joven sonrió y ellos vivieron felices.



La fortune que son père lui avait léguée avait fait long feu. En quelques mois à peine, il restait en tout et pour tout à ce jeune homme dix pièces de monnaie. Dépensier, certes, il l'était, mais il avait également bon cœur et c'est pourquoi, quand il rencontra Sidi Bel Abbès, il les lui remit, comme aumône pour les pauvres. Les donner à un homme pieux était la meilleure chose à faire. Après cela, il déambula dans les rues de la ville en murmurant une prière.

Il n'était pas arrivé bien loin quand il entendit les cris d'une jeune femme. Courant à l'endroit d'où s'élevaient les voix, il vit une jeune fille attaquée par un esclave. Sans crainte, il fit ce qu'il avait à faire et dégaina son sabre pour la défendre. Un seul coup suffit et la tête de l'esclave roula au sol.

Une fois la jeune fille remise, il lui raconta son histoire et elle l'observa, reconnaissante.

— C'est encore un miracle de Sidi Bel Abbès, lui dit-elle. Si tu ne lui avais pas donné les dernières pièces qui te restaient, tu ne m'aurais jamais sauvée. Voilà pourquoi, moi, fille du sultan, je te récompenserai de ton courage et de ta générosité avec les pauvres. Rentre chez toi. Tu trouveras demain à ta porte une esclave qui t'apportera à manger et dix lingots d'argent.

La fille du sultan tint parole et la fortune de l'homme fut tout à coup si grande qu'elle suscita l'envie de tous ceux qui le connaissaient.

— Ces lingots d'argent portent le sceau du sultan, murmura l'un d'eux.

— Nous nous devons de dénoncer ses crimes, dit un autre.

— Ils ne méritent que la mort, souffla un troisième.

Les hommes du sultan ne furent pas longs à l'appréhender et à le mener devant le seigneur et maître de la ville. L'argent disparu de son trésor était une raison suffisante pour ne pas douter que ce jeune homme le lui avait volé.

Alors que le petit groupe marchait vers le palais, Sidi Bel Abbès reconnut le généreux jeune homme et décida de l'accompagner. Personne n'essaya de l'arrêter ; personne ne pouvait empêcher l'homme pieux de témoigner.

Une fois devant le puissant personnage, Sidi Bel Abbès parla d'une voix claire, parfaite, irrésistible.

— Si tu veux savoir l'origine de l'argent de cet homme, dit-il au sultan, tu dois écouter son histoire.

Tout furieux qu'il fût, le sultan suivit l'avis du saint homme.

— Parle sans crainte, dit-il.

Le généreux jeune homme lui raconta ce qui s'était passé, après quoi le sultan l'embrassa. Il fit ensuite appeler sa fille, qui lui répéta l'histoire sans qu'un seul mot en différât. Alors, l'homme de pouvoir, qui avait retrouvé le sourire, prononça sa sentence :

— Tu es un homme courageux et généreux. Tu seras désormais mon vizir et la main de ma fille t'est acquise.

Elle sourit. Ils vécurent heureux.



El joven que sería rey

Le jeune homme qui voulait être roi

El miedo a que la profecía se cumpliera lo hizo tomar la peor de las decisiones. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, jamás le habría preguntado nada a su hijo. Es cierto, esa mañana, se había quedado parado delante de unos pájaros que estaban cantando y la curiosidad lo hizo abrir la boca.

—¿Qué estarán diciendo? —le preguntó a su hijo.

—¿De verdad quieres saberlo?... yo entiendo el lenguaje de los pájaros.

El hombre se le quedó viendo.

—No te creo —le dijo muy serio.

—Yo no miento. ¿De verdad quieres saber?

—Sí.

—Pues ellos dicen que yo seré rey.

El hombre, al escuchar las palabras de su hijo se llenó de pena. Lo peor que podía pasarle era que se convirtiera en un rey: las guerras y las traiciones, los embrujos y las maldiciones podían llevarlo a las peores desgracias. El poder nunca es bueno, la santidad que acerca a los hombres a Dios es lo único que vale la pena.

Así, para evitar que el destino se cumpliera, le dio a beber una pócima que lo obligó a dormir, lo metió en un cofre y lo arrojó al mar. Su pena era inmensa, pero este sufrimiento era más pequeño que las desgracias que sufren los poderosos.

El tiempo pasó y las lágrimas nunca se fueron de la casa de ese hombre.

Mientras todo esto pasaba, en el palacio las cosas eran preocupantes: los pájaros de todos los árboles no dejaban de cantar y el Rey sabía que algo querían decirle. —¡Vayan y encuentren a un hombre que entienda el lenguaje de las aves! —les ordenó a sus hombres de confianza.

Ellos se fueron y a nadie encontraron.

Cuando estaban a punto de volver con las peores noticias, vieron un cofre que estaba en la orilla del mar. Se acercaron y lo abrieron. Ahí encontraron al joven que los miró agradecido.

—¿Cómo puedo pagarles su ayuda? —les preguntó el muchacho.

—No puedes, nosotros estamos buscando a alguien que entienda el lenguaje de las aves.

—Yo lo comprendo y puedo decirles lo que significan sus cantos.

Y, sin preguntarle otra cosa, lo llevaron ante el Rey.

Sin miedo, el joven le contó lo que



decían las aves y gracias a esas palabras su imperio se salvó de las desgracias. Desde ese día, cada vez que el Soberano tenía una duda, mandaba llamar al joven para que le revelara los secretos de los pájaros. Siempre fueron buenos, perfectos.

Cuando la muerte se llevó al Rey, todos aceptaron que se cumpliera su última voluntad y el joven se convirtió en su sucesor. Su reinado fue justo y bueno. Y, una mañana, se presentaron ante él dos ancianos.

—Ayúdanos, sálvanos de la tristeza que desde hace años nos muerde el alma.

El Rey los reconoció y sólo les dijo unas cuantas palabras:

—La profecía se ha cumplido y los caminos de Dios son innumerables.



La crainte de voir se réaliser la prophétie lui fit prendre la pire des décisions. Si seulement il avait su ce qui allait se passer, jamais il n'aurait rien demandé à son fils. Ce matin, en effet, il était resté un moment à contempler des oiseaux qui chantaient et la curiosité l'avait emporté.

— Que peuvent-ils bien se raconter ? demanda-t-il à son fils.

— Tu veux vraiment le savoir ? Je comprends le langage des oiseaux.

L'homme le fixa.

— Je ne te crois pas, lui dit-il froidement.

— Je ne mens pas. Tu veux vraiment savoir ?

— Oui.

— Eh bien, ils disent que je serai roi.

Entendant cela, son père sentit la tristesse l'étreindre. Rien de pire ne pouvait arriver à son fils que de devenir roi : guerres, trahisons, sortilèges, malédictions, nombreuses étaient les causes possibles de grands malheurs. Le pouvoir n'est jamais bon. Seule la sainteté rapprochant les hommes de Dieu valait la peine.

Dès lors, soucieux d'éviter que le destin s'accomplît, il fit boire à son fils une potion l'obligeant à dormir, le mit dans un coffre et le jeta à la mer. Pour immense qu'elle fût, sa peine serait toujours moindre que les malheurs qui accablent les puissants.

Le temps passa et la tristesse continua à hanter le logis de l'homme.

Pendant ce temps, il se passait au palais des choses inquiétantes : dans tous les arbres, les oiseaux chantaient sans repos et le roi devinait qu'ils avaient quelque chose à lui dire.

— Mettez-vous en route et trouvez-moi quelqu'un qui comprenne le langage des oiseaux ! ordonna-t-il à ses hommes de confiance.

Ils partirent mais ne trouvèrent personne.

Alors qu'ils étaient sur le point de rentrer avec ces très

mauvaises nouvelles, ils virent un coffre échoué sur la plage. Ils s'approchèrent, l'ouvrirent et trouvèrent à l'intérieur un jeune homme au regard débordant de reconnaissance.

— Comment puis-je vous rétribuer pour votre aide ? Leur demanda-t-il.

— Tu ne peux pas. Nous sommes à la recherche de quelqu'un qui comprenne le langage des oiseaux.

— Mais je le comprends et je peux vous dire ce que signifie leur chant. Sans plus tarder, ils l'emmenèrent auprès du roi.

Sans aucune crainte, le jeune homme raconta ce que disaient les oiseaux et ses paroles permirent à l'empire d'échapper au malheur. Depuis ce jour-là, chaque fois que le souverain se posait une question, il envoyait chercher le jeune homme et se faisait révéler les secrets des oiseaux. Ceux-ci s'avérèrent toujours parfaits.

Quand la mort frappa le roi, personne ne s'opposa au respect de sa dernière volonté et le jeune homme lui succéda. Son règne fut juste et bon. Or un matin, deux vieillards se présentèrent à lui.

— Aide-nous, sauve-nous de la tristesse qui ronge notre cœur depuis des années.

Les ayant reconnus, le roi se contenta de ces quelques mots :

— La prophétie s'est accomplie et les voies du Seigneur sont innombrables.



Aisha, sucia de cenizas

Aisha, noircie de cendres

Esto que te cuento sucedió cuando el tiempo apenas empezaba. Un hombre del desierto tenía dos esposas: una era buena y bella, la otra era fea y malvada. Fueran como fueran sus mujeres, sus amores rindieron fruto y dos hijas llegaron a su casa. Las niñas nacieron el mismo día y a la misma hora, pero cada una hacía más grandes las características de su madre: la hija de la buena era mucho más que hermosa y su alma era como el agua de los oasis. Se llamaba Aisha. En cambio, la hija de la mujer mala era terrible y los horrores de su espíritu podían espantar a cualquiera.

Cuando sus ojos se posaron en Aisha, la envidia se adueñó del alma de la mujer malvada. Los malos sentimientos se retorcieron dentro de su cuerpo como si fueran serpientes. Como era hechicera, embrujó a la madre de Aisha y la convirtió en una vaca. El día que ocurrió su venganza, la malvada volvió a su casa y con descaro le mintió a su marido:

—Tu otra mujer se fue y jamás regresó, en el camino sólo encontré esta vaca que se vino conmigo —le dijo mientras ocultaba su maldad.

El esposo sólo alzó los hombros y olvidó a la belleza que alguna vez fue su esposa.

La vaca se quedó a vivir con ellos y sus días eran terribles: el látigo caía sobre su lomo desde que amanecía hasta que la noche se adueñaba del cielo. A pesar de esto, cuando todos dormían, la vaca iba al lugar donde estaba su hija

para acariciarla con la cola. La mujer malvada, al darse cuenta de lo que estaba pasando, la entregó la vaca al carnicero y la muerte alcanzó a la madre de Aisha sin que pudiera recuperar su apariencia. Ella, ya sólo sería un espíritu que protegería a su hija.

Aisha también vivía días tristes y ellos se hicieron más oscuros cuando se supo que el rey buscaba una esposa. Todas las mujeres habían sido invitadas a la fiesta donde él tomaría su decisión. La mujer malvada pidió que le trajeran un saco de trigo y uno de maíz. Lentamente los mezcló delante de Aisha y tiró los granos al suelo.

—No saldrás de aquí hasta que hayas separado las semillas —le dijo sabiendo que nunca lo lograría.

Sin embargo, el espíritu de su madre hizo que Aisha fuera a la fiesta mientras que los pájaros separaban los granos sin comerse uno solo. Gracias a sus bendiciones, la



joven era tan bella que las personas que la miraban tenían que entrecerrar los ojos. Su ropa era la de una princesa y sus calzas eran las de una bailarina.

Cuando la fiesta estaba en su mejor momento, Aisha se dio cuenta que la malvada estaba cerca. Tuvo que huir para que ella no la golpeará ni la castigara. De Aisha apenas quedó una babucha que fue recogida por los sirvientes del rey.

—La dueña de esta babucha será mi esposa —dijo el Soberano, después de mirar el calzado perfecto.

Sus hombres buscaron a la joven que había perdido su babucha hasta los confines de su reino y terminaron por encontrarla sucia por las cenizas. Ahí estaba Aisha, manchada y enegrecida por los maltratos de su madrastra. La llevaron con el Rey y se casaron. Pero el mal no estaba derrotado: cuando la guerra llegó, el Soberano partió con sus tropas y la hija más fea lanzó a un pozo a Aisha. Ahí se quedó muchos meses y en ese lugar nació su hijo. Mientras tanto, la fea, como también era hechicera, tomó la forma de su hermana y fingió ser la esposa del Rey.

Esos fueron los días más tristes del imperio, pero la buena fortuna terminó ganando: un hombre escuchó los lamentos que venían del pozo y Aisha fue rescatada. Entonces pasó lo que tenía que pasar: la madre malvada y su hija fueron castigadas. Las enviaron al lugar más lejano del desierto y cada día recibían menos agua para que la sed las secara por dentro. Así siguieron hasta que sus almas abandonaron sus cuerpos para seguir pagando sus crímenes durante el resto de la eternidad.

Y, mientras esto pasaba, Aisha y el Rey vivían en la felicidad más grande del mundo.



L'histoire que je vais vous raconter s'est passée à l'aube des temps. Un homme du désert avait deux épouses : l'une, bonne et belle ; l'autre, laide et méchante. Mais, quoi qu'il en fût de ses deux femmes, ses amours portèrent leurs fruits et deux petites filles arrivèrent au logis. Elles naquirent le même jour à la même heure, chacune accentuant les traits de sa mère. La fille de la femme exquise débordait de beauté et elle avait l'âme limpide comme l'eau de l'oasis ; elle s'appelait Aisha. En revanche, la fille de la femme mauvaise était affreuse et les horreurs de son esprit auraient pu effrayer n'importe qui.

À peine la méchante femme eut-elle posé les yeux sur Aisha que la jalousie s'envahit. De mauvais sentiments se tordaient dans ses tripes comme un nœud de serpents. C'était une sorcière, aussi envoûta-t-elle la mère d'Aisha, la transformant en vache. En ce jour de vengeance, la femme maléfique revint chez elle et mentit effrontément à son mari : « Ton autre épouse est partie et elle n'est jamais revenue. Sur la route, j'ai seulement trouvé cette vache, qui m'a suivie », lui dit-elle en occultant sa félonie. Le mari se contenta de hausser les épaules et il oublia cette beauté qui avait un jour été sa femme.

La vache demeura avec eux et ses journées étaient terribles : le fouet s'abattait sur son échine de l'aube jusqu'à la nuit tombée. Mais lorsque tout le monde dormait, elle se dirigeait à l'endroit où se trouvait sa fille et la caressait de la queue. S'en étant rendu compte, la mauvaise femme mena la vache chez le boucher et la mort saisit la mère d'Aisha sans qu'elle eût pu retrouver son apparence. Elle ne serait plus désormais qu'un pur esprit qui protégerait sa fille.

Aisha passait aussi de pénibles journées et celles-ci s'assombrirent encore lorsqu'on sut que le roi se cherchait une épouse. Toutes les femmes avaient été invitées à la fête au cours de laquelle il ferait son choix. La méchante femme se fit apporter un sac de blé et un autre de maïs.

Elle les mélangea lentement devant Aisha et les renversa à terre.

— Tu ne sortiras pas d'ici avant d'avoir trié les graines, lui dit-elle, sachant qu'elle n'y parviendrait jamais.

Cependant, l'esprit de sa mère permit à Aisha de se rendre à la fête tandis que des oiseaux séparaient les graines. Les grâces dont elle était comblée rendaient la jeune fille si belle qu'il n'était possible de la regarder que les yeux mi-clos. Elle était vêtue comme une princesse et chaussée comme une ballerine.

Alors que la fête battait son plein, Aisha se rendit compte de la présence toute proche de la méchante femme et prit la fuite pour éviter d'être battue ou punie. Il ne resta d'elle qu'une babouche, que les serviteurs du roi ramassèrent.

— La propriétaire de cette babouche sera mon épouse, déclara le souverain, après avoir examiné la perfection de l'objet.

Ses hommes recherchèrent la jeune femme qui avait perdu sa babouche jusqu'aux confins du royaume et finirent par la trouver, maculée de cendres. C'était bien Aisha, souillée et noircie en raison des mauvais traitements de sa marâtre. Ils l'amènèrent au roi, qui l'épousa.

Mais le mal n'était pas vaincu. Lor-

sque la guerre survint, le souverain partit avec ses troupes et la fille hideuse précipita Aisha dans un puits. Elle y passa de nombreux mois et c'est là que naquit son fils. Pendant ce temps, le laideron, qui était également une sorcière, prit l'apparence de sa sœur et simula être l'épouse du roi.

L'empire connut alors ses jours les plus sombres mais finalement, la bonne fortune l'emporta : un homme entendit les plaintes qui s'élevaient du puits et Aisha fut sauvée. Arriva alors ce qui devait arriver : la mère maléfique et sa fille furent châtiées. Elles furent envoyées au plus profond du désert, recevant chaque jour un peu moins d'eau pour que la soif les dessèche de l'intérieur. Il en fut ainsi jusqu'au moment où leur âme abandonna leur corps pour continuer à payer leurs péchés durant l'éternité.

Pendant ce temps, Aisha et le roi partageaient le plus grand bonheur du monde.







Tres hijos y un tesoro

Trois fils et un trésor

El anciano sabía que la muerte ya estaba muy cerca. Las enfermedades lo tenían atado a su cama y el frío en la nuca no se le quitaba. Por eso llamó a sus hijos, a como diera lugar tenía que hablar con ellos. No se tardaron en llegar y, cuando todos estuvieron juntos, el viejo pronunció sus palabras para revelarles el más grande de sus secretos.

—Hijos míos, durante muchos años he guardado un tesoro... pero sólo se lo daré al que me traiga el agua mágica que curará todos mis males. Después de que la beba, a uno de ustedes le diré el lugar donde lo tengo escondido. Sin necesidad de más palabras, los tres hermanos se fueron en busca del agua mágica. El más grande se llamaba Akli, era malvado y su corazón estaba lleno de veneno. Sin pensarlo dos veces, se fue por el camino que parecía más hermoso. “¿Para qué buscar en otro lado? —pensó— El agua mágica sólo puede estar junto a la belleza”. Así comenzó su andar y dejó atrás a sus hermanos sin voltear para mirarlos. Akli quería el tesoro sólo para él. Said, el segundo de los hermanos, era muy avaro y se fue andando por la ruta más verde con una idea en la cabeza: “Si en este camino sólo hay fertilidad, es un hecho que aquí encontraré el agua mágica que le entregaré a mi padre para volverme el hombre más rico del mundo”. En cambio Omar, el más pequeño, dirigió sus pasos hacia la ruta más difícil. Un sendero árido, pedregoso y desierto. Él sabía que sólo el esfuerzo y el dolor podían ser

premiados; cada sufrimiento que padeciera lo acercaría más al agua mágica.

Los tres hermanos siguieron adelante y lo que les pasó lo tenían merecido: Akli no se tardó mucho en olvidar el encargo de su padre. Las frutas que encontraba y las flores que miraba eran mejores que perder el tiempo buscando el agua mágica que tal vez nadie sabía donde estaba. Así hubiera seguido, pero una mañana, mientras descansaba, una serpiente lo mordió y sus días se terminaron para siempre. La suerte de Said no fue mejor, si bien es cierto que al principio su camino fue maravilloso, también es verdad que poco a poco todo comenzó a transformarse en una pesadilla: las ramas de los árboles se convirtieron en garras, las flores y los frutos se secaban en el momento en que trataba de tomarlos y, cuando sintió que la muerte lo alcanzaba, sólo se desplomó sobre una roca para



esperarla mientras la soledad le mordía el alma.

Omar, a pesar de las dificultades siguió adelante. Y así, después de mucho tiempo y sufrimiento, encontró un lugar maravilloso donde vivían los siete sabios. Ellos lo miraron con compasión y le dijeron:

—Te estábamos esperando, ten la botella de agua mágica y ve con tu padre.

El camino de regreso tampoco fue fácil. A Omar, el cansancio le dolía en todo el cuerpo y la sed le hinchaba la lengua hasta amenzarlo con ahogarlo. Pero nada de esto pudo detenerlo, ni siquiera la tristeza que lo hirió cuando se enteró de la muerte de sus hermanos fue suficiente para frenar sus pasos.

Por fin llegó a su aldea y de inmediato le preguntó a una mujer:

—¿Dónde está mi padre?

—Allá, bajo el olivo —le respondió la mujer con los ojos nublados por la tristeza.

Omar corrió y llegó al lugar que le habían señalado... ya era demasiado tarde: ahí sólo estaba la tumba de su padre.

Omar se hincó delante de ella y abrió la botella que guardaba el agua mágica. Poco a poco la fue vaciando sobre la tumba. Cuando cayó la última gota, un gran temblor lo hizo pararse. La lápida se quebró y de ella brotó un río de monedas de oro.

Desde ese bendito día, de ahí comenzó a manar un manatíal donde hasta hoy se reúnen las mujeres para recordar la historia de Omar el bueno.



Le vieil homme savait sa fin toute proche. Perclus de maladie, cloué au lit, il sentait le froid lui étreindre la nuque sans discontinuer. Il fit donc venir ses fils ; il devait parler avec eux coûte que coûte. Ils ne tardèrent pas à se présenter et lorsqu'ils furent tous réunis, le vieil homme ouvrit la bouche et leur révéla un secret considérable.

— Mes enfants, durant toutes ces années, j'ai conservé un trésor... mais je ne le céderai qu'à qui m'apportera l'eau magique capable de guérir tous mes maux. Une fois que je l'aurai bue, je dirai à l'un d'entre vous où je l'ai caché. Sans plus attendre, les trois frères se lancèrent à la recherche de l'eau magique. L'aîné s'appelait Akli, il était plein de malignité et son cœur suintait de poison. Sans hésiter, il choisit le chemin qui lui paraissait le plus beau. « À quoi bon aller ailleurs ? pensa-t-il. L'eau magique est forcément là où se trouve la beauté. » Il prit la route et abandonna ses frères sans un regard. Akli désirait ce trésor pour lui seul.

Saïd, le puîné, était très avare. Il suivit le chemin le plus vert avec une idée en tête : « Si tout est fertile sur cette route, je trouverai certainement ici l'eau magique et la remettrai à mon père pour être l'homme le plus riche du monde. » En revanche, Omar, le cadet, s'engagea sur le chemin le plus difficile : un sentier aride, caillouteux et désolé. Il savait que seuls l'effort et la souffrance pouvaient être récompensés. Chaque épreuve qu'il subirait le rapprocherait davantage de l'eau magique.

Chaque frère continua ainsi sa route et chacun reçut ce qu'il méritait : Akli oublia rapidement la mission de son père. Il avait mieux à faire avec les fruits qu'il trouvait et les fleurs qu'il admirait, que de perdre son temps à chercher une eau magique dont personne ne savait où elle pouvait bien être. Cela aurait pu durer longtemps mais un matin, alors qu'il reposait, un serpent le mordit et mit fin à ses jours. Saïd ne connut pas un meilleur destin. Certes, au début, la route était merveilleuse, mais elle

n'en tarda pas moins à devenir un véritable cauchemar : les branches des arbres le griffaient, les fleurs et les fruits séchaient dès qu'il essayait de s'en saisir et, quand il sentit la mort sur lui, il s'écroula sur un rocher pour l'attendre, l'âme corrodée de solitude.

Malgré les difficultés, Omar persévéra. Après un temps infini et de nombreuses souffrances, il parvint en un endroit merveilleux où séjournaient sept sages. Ceux-ci le considérèrent avec compassion et lui dirent :

— Nous t'attendions. Prends la bouteille d'eau magique et retourne chez ton père.

Le chemin du retour ne fut pas plus facile. Le corps d'Omar était brisé de fatigue et la soif avait tellement gonflé sa langue qu'elle menaçait de l'étouffer. Mais rien ne put l'arrêter ; même la tristesse qui le déchira lorsqu'il apprit la mort de ses frères ne put le freiner.

Lorsque, finalement, il arriva au village, il interrogea immédiatement une femme :

— Où est mon père ?

— Là-bas, sous l'olivier, lui répondit la femme, les yeux embués de tristesse.

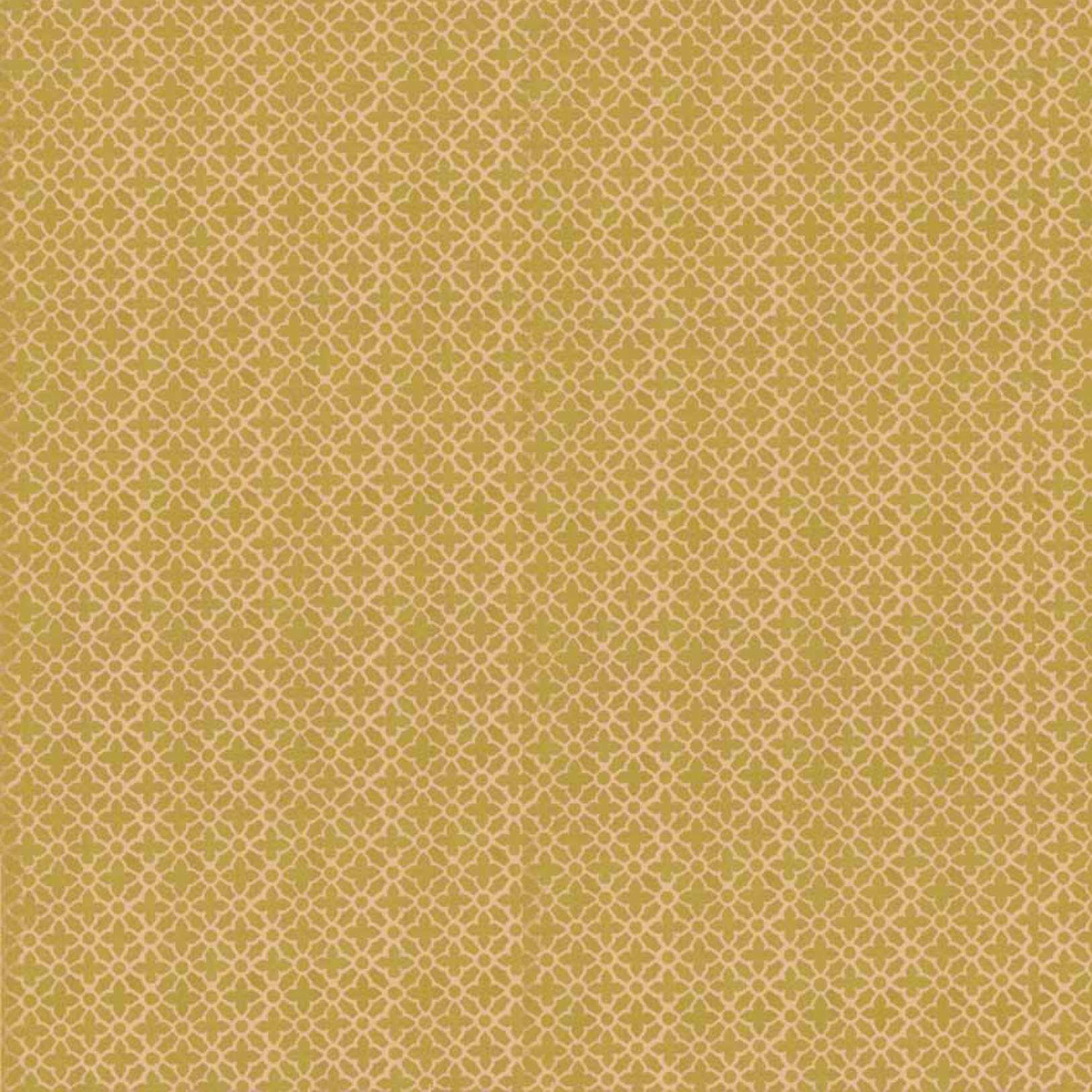
Omar courut jusqu'à l'endroit qu'on lui avait indiqué mais il était trop tard : il n'y avait là que la tombe de

son père.

Omar s'agenouilla devant elle et ouvrit la bouteille où se trouvait l'eau magique. Il la versa peu à peu sur la tombe. Lorsque la dernière goutte l'atteignit, une forte secousse l'obligea à se relever. La pierre tombale se fendit et il s'en échappa une rivière de pièces d'or.

Depuis ce jour béni, on trouve là une source où se réunissent encore les femmes pour perpétuer l'histoire d'Omar, le bon fils.







La muerte que no llegó

La mort qui ne vint pas

El viajero había estado muy lejos durante mucho tiempo. Demasiados meses para su gusto. Las ganas de volver para abrazar a su esposa se hacían más grandes mientras más se acercaba a su pueblo. Él sólo quería perderse en su mirada infinita y ser arropado por los brazos que le ofrecían la suavidad perfecta. Así hubiera seguido, trotando y trotando hasta llegar a su hogar. Sin embargo, el cansancio lo obligó a detenerse.

Ahí estaba, sentado muy cerca de un cementerio. Se quedó muy quieto, y sin proponérselo pudo escuchar una plática entre los muertos. Sus palabras lo llenaron de miedo: ellos sabían que una mujer moriría la siguiente noche al caerse del balcón de su casa y, cuando dijeron su nombre, el viajero supo que era su esposa.

El miedo se apoderó del alma del viajero. Hizo correr a su caballo a todo galope y llegó a su pueblo en muy poco tiempo. Entró a su casa y, para no asustar a su mujer, nada le dijo de lo que había escuchado en el cementerio. Él estaba seguro de que podía evitar que el destino la alcanzara, lo único que tenía que hacer era impedir que se acercara al balcón.

Así, cuando ella le dijo que fueran al balcón para ver la ciudad, el viajero sólo pudo murmurar unas cuantas palabras:

—No, por favor, no vayamos al balcón... mejor sentémonos aquí para que te cuente todo lo que vi en el camino.

Su mujer le hizo caso y así pasó un largo rato.

Cuando llegó la noche, ella volvió a pedirle algo.

—Vamos al balcón, el cielo está lleno de estrellas y su brillo te dirá todo lo que te amo.

—No, por favor, no vayamos al balcón... es mejor que entremos a nuestra habitación. Me siento muy cansado y quiero tenerte cerca. Se fueron a la habitación. El viajero sabía que no podía dormirse, un pestañeo sería suficiente para que su mujer se enfrentara al peor de los destinos. Conforme el tiempo iba pasando, los ojos le ardían como si los tuviera llenos de arena y las imágenes se deformaban por sus párpados que lo amenazaban con cerrarse.

Por más que quiso evitarlo, el viajero fue derrotado por el sueño. Al día siguiente, cuando se despertó se dio cuenta que su esposa seguía a su lado y estaba viva. El destino no lo había alcanzado.



El viajero estaba feliz y fue a la mezquita a agradecer el milagro. Ahí estaba cuando se encontró con un hombre santo al que conocía desde hace mucho tiempo. Le contó la historia y el hombre santo sólo pudo sonreírle.

—Yo sé la verdad —le dijo—, anoche, mientras tú dormías, tu mujer escuchó las plegarias de un hombre santo y salió a darle una limosna con toda su devoción. Alá la miró y alargó sus días al reparar tu balcón con su inmenso poder. Ahora tú conoces el camino y siempre deberás darle limosna a los pobres.

El viajero cumplió con esas palabras y su vida siempre estuvo llena de felicidad.



Ce voyageur était resté très loin très longtemps. Trop longtemps à son goût. L'envie de rentrer embrasser son épouse grandissait à mesure qu'il s'approchait de son village. Il ne souhaitait rien tant que se perdre dans la profondeur infinie de son regard et se laisser bercer dans ses bras d'une douceur absolue. Et il aurait ainsi continué au trot de son cheval si la fatigue ne l'avait obligé à s'arrêter. Il s'assit à proximité d'un cimetière. Comme il se tenait parfaitement immobile, il surprit sans le vouloir une conversation entre les morts. Leur discours l'effraya : ils savaient qu'une femme mourrait la nuit suivante en tombant du balcon de sa maison. Quand ils prononcèrent son nom, le voyageur sut que c'était son épouse.

La peur submergea son âme. Il mit son cheval au grand galop et arriva à son village en un rien de temps. Il entra dans sa maison et, pour ne pas faire peur à sa femme, ne lui raconta rien de ce qu'il avait entendu au cimetière. Il était certain de pouvoir faire échec au destin ; la seule chose qu'il avait à faire était de l'empêcher de s'approcher du balcon.

Ainsi, lorsqu'elle lui proposa d'aller sur le balcon pour admirer la ville, le voyageur ne put que murmurer :

— Non, s'il te plaît, n'allons pas sur le balcon ! Asseyons nous plutôt ici et je te raconterai tout ce que j'ai vu en route.

Sa femme accepta et ils passèrent ainsi un bon moment.

Quand la nuit tomba, elle répéta sa demande.

— Allons sur le balcon, le ciel est plein d'étoiles et leur éclat te dira combien je t'aime.

— Non s'il te plaît, n'allons pas sur le balcon ! Entrons plutôt dans notre chambre. Je me sens très fatigué et je veux que tu restes près de moi.

Ils entrèrent dans la chambre. Le voyageur savait qu'il ne pouvait pas dormir : un battement de paupières suffirait pour que sa femme affronte la pire des destinées. Plus le temps passait, plus ses yeux le brûlaient comme

s'ils étaient remplis de sable et ses paupières s'alourdissaient, altérant sa vision.

En dépit de ses efforts, il fut finalement vaincu par le sommeil.

Quand il se réveilla le lendemain, ils se rendit compte que sa femme était encore à ses côtés, vivante. Le destin ne les avait pas rattrapés.

Tout heureux, le voyageur s'en fut à la mosquée pour rendre grâce de ce miracle. Il y rencontra un homme pieux qu'il connaissait depuis très longtemps. Il lui raconta son histoire et le saint homme se contenta de lui sourire.

— Je connais la vérité, lui dit-il. Hier soir, tandis que tu dormais, ta femme a entendu les prières d'un homme pieux et elle est sortie lui faire l'aumône avec beaucoup de dévotion. Allah a posé les yeux sur elle et a prolongé sa vie en réparant ton balcon par son immense pouvoir. Tu connais à présent la voie : tu devras toujours faire l'aumône aux pauvres.

Ainsi fit le voyageur et sa vie fut pur bonheur.



22-17

El juez y la santa

Le juge et la sainte

Él fue demasiado confiado. Cuando salió para hacer la santa peregrinación dejó a su esposa a cargo de su hermano, un juez que tenía buena fama. Durante las primeras semanas nada pasó, pero al cabo de un tiempo él comenzó a sentir la pasión que lo mordía. Quería hacer suya a su cuñada. La mujer se negó y el juez la emprendió en su contra: convenció a varios para que juraran en vano que ella engañaba a su marido. La mujer fue sentenciada a ser lapidada por un crimen que nunca cometió.

La mujer avanzó por toda la ciudad mientras oía las maldiciones. Al llegar al lugar donde se cumpliría la sentencia sólo miró al cielo y sintió el golpe de las piedras. Una a una fueron cayendo y, cuando ya estaba cubierta, la gente le dio la espalda y se fue a sus casas. El juez sólo miró las piedras y sonrió con la certeza de que su venganza se había logrado. Nunca tendría que confesar su crimen. Poco tiempo después, un buen hombre pasó en su caballo junto al montón de piedras y escuchó un lamento, las quitó y encontró a la mujer.

—Ven conmigo, vámonos... la sentencia ya se cumplió, a nada tienes que quedarte en este lugar.

La injusticia que había padecido la mujer la convirtió en una santa. Ella podía curar todas las enfermedades y sanar todos los males. Poco a poco su fama se fue extendiendo y cada día llegaban más personas a verla. Ella jamás se negó a curarlos.

Una mañana, se presentaron ante ella un leproso acom-

pañado por su hermano.

La santa los reconoció al instante.

—¿Qué quieres? —le preguntó al juez leproso.

—Cúrame, por favor cúrame.

—Lo haré, pero antes tienes que confesar tus pecados delante de todos.

La multitud que ahí estaba se quedó en silencio.

—No recuerdo ninguno —dijo el juez leproso.

—Piénsalo bien, si mientes tus males serán peores —le advirtió la santa.

El leproso no tuvo más remedio que hablar sobre el crimen que había cometido: su cuñada, una mujer fiel y honrada, había sido condenada injustamente por sus acciones.

—Ahora, para curarte, tienes que buscar a esa mujer para pedirle perdón.

El leproso y su hermano se quedaron tiesos. Ellos estaban seguros que la mujer ya estaba muerta y



jamás la encontrarían. De pronto, la santa volvió a hablar:

—¿No me reconoces? Yo soy tu esposa, marido mío, la que confiaste a tu hermano que mintió y me acusó porque conservé tu honra. Y tú, a pesar de la maldad que cometiste, sólo mereces mi perdón... estás curado.

El marido se hincó ante ella y le pidió perdón por haber dudado. La santa comprendió y volvió con él. El juez también hizo lo que tenía que hacer: al volver a su pueblo vendió todos sus bienes y entregó el dinero a los pobres y se fue a vivir a una caverna donde pasó el resto de sus días orando.



Il avait été trop confiant. Quand il était parti pour faire son saint pèlerinage, il avait confié sa femme à son frère, un juge de bonne réputation. Rien ne s'était passé durant les premières semaines mais, au bout d'un temps, ce dernier avait commencé à sentir la morsure de la passion. Il voulait faire sienne sa belle-sœur. La femme refusa et le juge se retourna contre elle : il convainquit plusieurs personnes de jurer faussement qu'elle trompait son mari. La femme fut condamnée à être lapidée pour un crime qu'elle n'avait jamais commis.

Elle dut traverser toute la ville et endurer les cris de malédiction. Arrivée au lieu où la sentence serait exécutée, elle se contenta de regarder le ciel en endurant les coups de pierre. Celles-ci s'abattirent une à une ; une fois qu'elle en fut couverte, les gens l'abandonnèrent à son sort et rentrèrent chez eux. Le juge observa les pierres et sourit, certain d'avoir été vengé. Voilà un crime qu'il n'aurait jamais à confesser.

Un peu plus tard, un homme de bien passant à cheval entendit des plaintes près d'un monticule de pierres. Il les dégagea et trouva la femme.

— Viens avec moi, partons... le jugement a été exécuté et tu n'as pas à rester en cet endroit.

L'injustice dont avait souffert la femme fit d'elle une sainte. Elle pouvait soigner toutes les maladies et guérir tous les maux. Peu à peu, sa réputation s'étendit et ils étaient de plus en plus nombreux à venir la consulter. Jamais elle ne refusa ses soins à personne.

Un jour, un lépreux se présenta, accompagné de son frère. La sainte les reconnut à l'instant.

— Que veux-tu ? demanda-t-elle au juge lépreux.

— Soigne-moi, s'il te plaît, soigne-moi.

— Je le ferai, mais tu dois d'abord confesser tes péchés publiquement.

La foule présente se fit silencieuse.

— Je ne me souviens d'aucun, déclara le juge lépreux.

— Réfléchis bien car si tu mens, tes maux empireront, l'avertit la sainte. Le lépreux n'eut d'autre recours que d'avouer le crime qu'il avait commis : sa belle-sœur, femme fidèle et honorable avait été injustement condamnée à cause de lui.

— Maintenant, pour guérir, tu dois rechercher cette femme et lui demander pardon.

Le lépreux et son frère se figèrent. Ils étaient certains que la femme était morte et qu'ils ne la retrouveraient jamais. Alors, la sainte reprit la parole :

— Ne me reconnais-tu pas ? Je suis ta femme, mon mari, celle que tu as confiée à ton frère qui a menti et qui m'a accusée parce que j'ai protégé ton honneur. Et toi, malgré la félonie que tu as commise, tu ne mérites que mon pardon... Te voilà guéri.

Son mari s'agenouilla devant elle et lui demanda pardon d'avoir douté. La sainte fit preuve de compréhension et revint avec lui. Le juge fit également ce qu'il avait à faire. De retour dans son village, il vendit tous ses biens, remit l'argent aux pauvres et s'en fut vivre dans une grotte où il passa le reste de ses jours en prières.



El príncipe y la rana

Le prince et la grenouille

Por más que lo había intentado, su caballo no podía beber en el río. Cada vez que acercaba su hocico al agua, se aparecía una pequeña rana que no lo dejaba seguir adelante. El príncipe Omar sabía que algo debía hacer para lograr que su montura no se muriera de sed. Durante unos instantes se quedó pensando, y así siguió hasta que encontró la que le parecía la mejor solución.

—En nombre de Alá y su Profeta —le dijo a la rana—, te ruego que dejes que mi caballo beba un poco.

La rana se le quedó viendo y le contestó sin dudar de sus palabras.

—Antes de hacerlo debes jurarme algo.

—¿Qué? —le preguntó Omar.

—Debes casarte conmigo.

Omar aceptó, el caballo bebió y volvió a su palacio sabiendo que jamás podría romper su promesa. La palabra que había empeñado valía más que todo el oro y todas las riquezas, cada una de sus letras estaba marcada por su honor.

A los pocos días, su padre anunció que todos sus hijos debían casarse y les presentó a las mujeres que eligió para ellos. Todos aceptaron, pero Omar tuvo que decirle la verdad:

—Ya le dí mi palabra a otra.

Aunque se padre se molestó un poco. Omar cumplió su promesa y se casó con la rana. El matrimonio sólo provocaba las burlas de sus hermanos y sus cuñadas; su padre,

en cambio, se sentía tristísimo por la apariencia de su nuera. Una rana nunca sería tan hermosa como las esposas de sus otros hijos y, por supuesto, tampoco podría hacer nada por su casa.

Una mañana, el rey le pidió a sus nueras que le hicieran una túnica. Omar, sabiendo que la rana no podía hilar ni coser, sólo se sentó triste al lado de su esposa y le contó su desgracia.

—No sufras —le dijo la rana—, ve al río donde me encontraste y pronuncia las palabras mágicas; di “Nanahari, nanahari”, y todo se arreglará.

Omar le hizo caso y nada se tardó en volver al palacio con la túnica más hermosa del mundo. Y así, cada vez que su padre les pedía algo a sus nueras, Omar iba al río y pronunciaba las palabras mágicas. Nunca fallaron y siempre recibió maravillas.

A pesar de esto, la tristeza de Omar nunca se iba. La melancolía



era idéntica a su sombra. Él quería que su esposa fuera una mujer. Así, después de pensarlo mucho, le contó su desgracia a la rana y ella le dijo:

—¿De qué te preocupas? Vamos al río y allí me convertiré en mujer después de que digas las palabras mágicas.

Llegaron al río y el resultado fue maravilloso: la rana se transformó en la mujer más bella de todo el mundo.

Cuando volvieron al palacio, el padre de Omar quedó sorprendido y el mal se apoderó de su corazón. Su hijo debía morir para que él pudiera casarse con su nuera. Intentó muchas cosas, pero todas fallaron por los poderes de la rana. Así hubiera seguido, pero un día, al preparar un veneno, lo probó sin darse cuenta y su vida se acabó. El castigo del Cielo cayó sobre él por sus malos deseos.

Nadie extrañó al viejo rey. La felicidad de Omar y esposa era completa: él recibió la corona de su padre, y ella, cada vez que quería ir a ver a su familia, se dirigía al río donde su esposo pronunciaba las palabras mágicas para que volviera a tener su antigua apariencia. No hay duda, los caminos de Dios son infinitos.



Malgré tous ses efforts, son cheval ne pouvait s'abreuver à la rivière. À peine ses naseaux effleuraient-ils de l'eau qu'une petite grenouille apparaissait et l'empêchait de poursuivre. Le prince Omar savait qu'il devait faire quelque chose pour éviter que sa monture mourût de soif. Il réfléchit intensément jusqu'à trouver ce qui lui sembla être la meilleure solution.

— Au nom d'Allah et de son prophète, dit-il à la grenouille, je t'implore de laisser mon cheval boire un peu. La grenouille l'observa un moment et lui répondit résolument.

— Avant cela, tu dois me jurer quelque chose.

— Quoi donc ? lui demanda Omar.

— Tu dois te marier avec moi.

Omar accepta et, son cheval ayant bu, il revint à son palais, sachant que jamais il ne pourrait rompre cette promesse. Il avait engagé sa parole, qui valait tout l'or et les richesses du monde, et dont chaque syllabe était marquée du sceau de son honneur.

Peu de temps après, son père annonça à tous ses fils qu'ils devaient se marier et il leur présenta les femmes qu'il avait choisies pour eux. Ils furent tous d'accord, mais Omar fut bien obligé de lui dire la vérité :

— J'ai déjà donné ma parole à une autre.

Son père en fut bien un peu irrité, mais Omar tint sa promesse et se maria avec la grenouille. Il dut alors subir de nombreuses railleries de la part de ses frères et de ses belles-sœurs. Son père, pour sa part, était dévasté par l'apparence de sa belle-fille. Cette grenouille n'aurait jamais la beauté des épouses de ses autres fils et, bien entendu, elle ne pourrait rien faire non plus pour sa maison.

Un beau matin, le roi demanda à ses belles-filles de lui fabriquer une tunique. Omar, sachant que la grenouille ne pouvait ni tisser ni coudre, vint s'asseoir tristement aux côtés de son épouse et lui confia sa peine.

— Ne te mortifie pas, lui répondit celle-ci, retourne à la rivière où tu m'as trouvée, prononces-y simplement les mots magiques « nana-hari, nanahari » et tout s'arrangera. Omar obéit et revint peu après au palais avec la plus splendide tunique du monde. Ainsi en allait-il dès lors : chaque fois que son père demandait quelque chose à ses belles-filles, Omar allait à la rivière et prononçait les mots magiques. Ceux-ci fonctionnaient toujours et, toujours, il revenait comblé de merveilles.

Cependant, sa tristesse était tenace et la mélancolie le suivait comme son ombre : il aurait voulu que son épouse fût une femme. Après y avoir beaucoup réfléchi, il confia ses tourments à la grenouille, qui lui répondit :

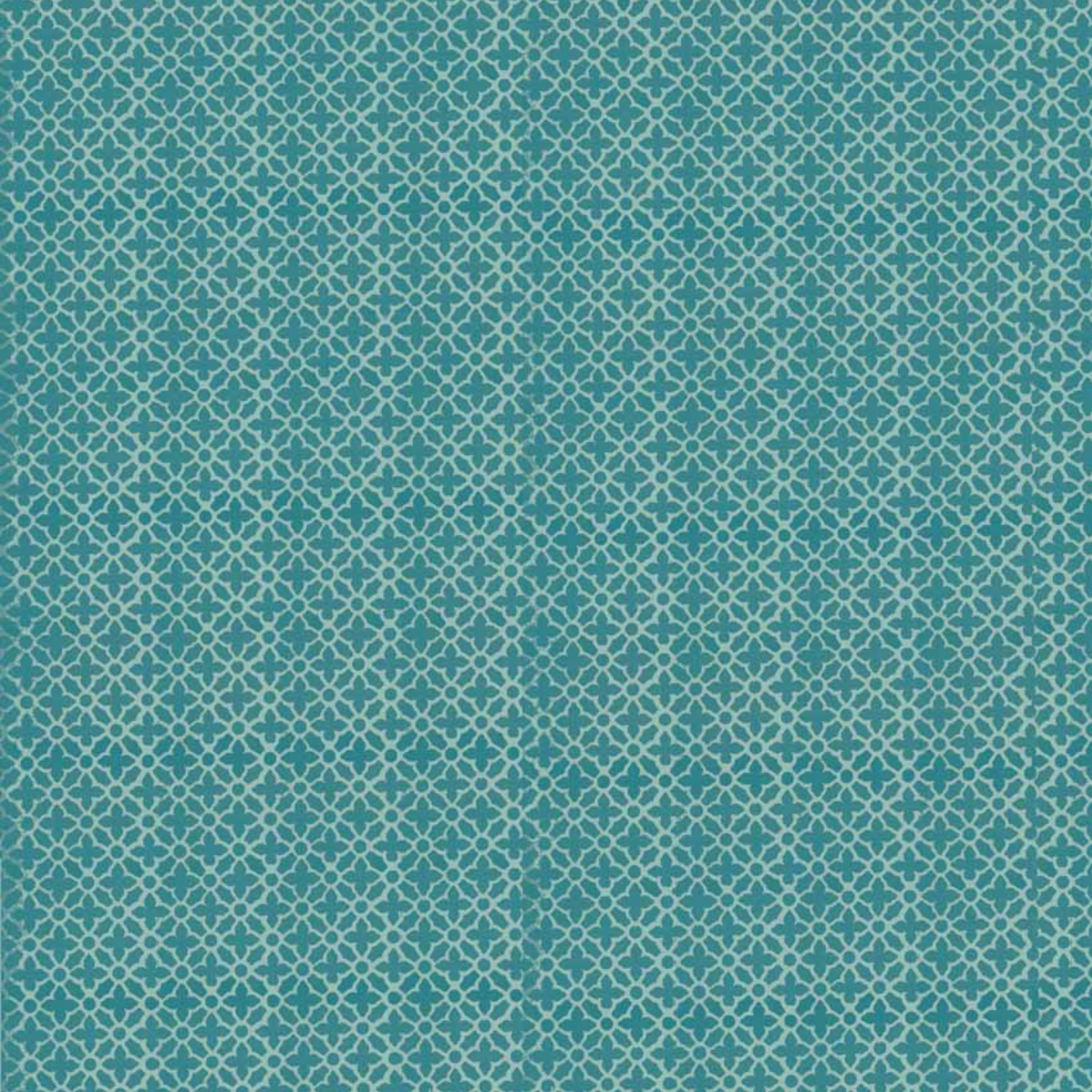
— Pourquoi t'en fais-tu ainsi ? Allons à la rivière et je me transformerai en femme après que tu auras prononcé les mots magiques. Ils arrivèrent à la rivière et le résultat dépassa toutes ses attentes : la grenouille se transforma en la femme la plus belle de la Terre.

Lorsqu'ils revinrent au palais, le père d'Omar en resta stupéfait et un mal commença à ronger son cœur : son fils devait mourir pour lui permettre de se marier avec sa belle-fille. Il s'y employa à de nom-

breuses reprises, mais sans succès à cause des pouvoirs de la grenouille. Cela aurait pu continuer longtemps mais un jour qu'il préparait un poison, il en porta par mégarde à la bouche et c'en fut fait de lui. Le châtiment divin avait puni ses pernicioeux désirs.

Le vieux roi ne manqua à personne. Le bonheur d'Omar et de son épouse était complet : lui, reçut la couronne de son père tandis que, chaque fois qu'elle voulait voir sa famille, elle se rendait à la rivière ou son mari prononçait les mots magiques pour lui permettre de reprendre son ancienne apparence. Les voies du Seigneur sont innombrables, n'en doutons pas.







El viejo que lo sabía todo

Le vieil homme qui savait tout

Las arrugas de su cara no mentían, ese viejo era el hombre más anciano de todo el universo. Sin embargo, él no había perdido el tiempo en cosas sin importancia; a lo largo de su vida se había dedicado a pensar y a ver, a leer y a tratar de entender todo lo que sucedía en el mundo y en los cielos. Así, cuando ya había pasado más de un siglo, él era el único que todo lo sabía. Sin embargo, las cosas no iban bien en su casa. Una mañana, cuando se cansó de vivir en la miseria, le dijo a uno de sus hijos que lo llevara al mercado y lo vendiera.

—Esa es la única manera como podrás derrotar al hambre —murmuró para convencerlo.

Su hijo sabía que él tenía razón, y con gran tristeza lo llevó al mercado. A cada paso sus ojos se hacían agua por la pena. Las ofertas fueron y vinieron, pero el Rey terminó comprándolo. Alguien que todo lo supiera no le venía nada mal al Soberano.

Cuando llegaron al palacio, el Rey lo puso a prueba: pidió que le trajeran un poco de miel, la paladeó para asegurarse de su sabor y se la dio a comer al viejo.

—¿Qué te parece? —le pregunto el Monarca.

—Está muy sabrosa —le dijo el anciano—, viene de una colmena que está en la orilla de un cementerio.

El Rey no le creyó y mandó a que averiguaran si lo que decía el viejo era cierto. Días más tarde volvieron sus emisarios y confirmaron las palabras del anciano: ese panal estaba en el cementerio.

Así, cada vez que el Soberano tenía una duda, mandaba llamar al viejo y le preguntaba. Gracias a él consiguió los mejores caballos, triunfó en las guerras y pudo alejarse de los hombres que trataban de engañarlo. Todo iba de maravilla. Incluso, él terminó preguntándole sobre la mujer que deseaba convertir en su esposa.

—Ella no te conviene —le dijo el viejo con gran seriedad.

El Rey hizo muchas averiguaciones y, como siempre, el anciano tuvo razón.

Por desgracia, el Soberano no era generoso con el hombre que todo lo sabía. Apenas le daba un poco de carne y unas cuantas piezas de pan por sus servicios. Tanta era su necesidad que uno de sus hijos fue a verlo para llevarle algo de comer. De no haberlo hecho, se habría muerto de hambre.

—Vámonos para la casa... el Rey no te da nada, mira como estás, los huesos se te marcan en la piel



—le dijo.

—No te enojas, él me da lo que puede —le respondió el viejo—, ¿qué puedes esperar de un hombre que sólo es el hijo de un panadero? Si el Rey hubiera tenido un padre noble todo sería distinto, la generosidad estaría en todos sus actos...

Cuando pronunció estas palabras, el Soberano estaba cerca y las oyó.

Sin pensarlo dos veces fue corriendo hasta el lugar donde estaba su madre y le preguntó quién era su verdadero padre. La mujer confesó que él no era el hijo de un Rey, sino de un panadero que se lo había dado al momento de nacer.

El Soberano volvió al lugar donde estaba el hombre que todo lo sabía y lo llenó de riquezas. La verdad sobre su origen y el arrepentimiento por su soberbia valían eso y más.



Les rides de son visage ne mentaient pas : ce vieillard était l'homme le plus vieux de l'univers. Or il n'avait pas perdu son temps à des futilités. Il avait consacré toute sa vie à réfléchir et à observer, à lire et à essayer de comprendre tout ce qui se passait. Aussi, après plus de 100 ans, était-il le seul à tout savoir. Malgré cela, la situation chez lui n'était guère brillante. Un matin, fatigué de vivre dans la misère, il demanda à l'un de ses fils de l'emmener au marché et de l'y vendre.

— Il n'y a qu'ainsi que tu pourras vaincre la faim, murmura-t-il pour le convaincre.

Accablé mais sachant qu'il avait raison, son fils l'amena au marché. À chaque pas, ses yeux s'embaient de tristesse. Plusieurs offres furent lancées mais finalement, ce fut le roi qui l'acheta. Quelqu'un qui savait tout, ce n'était pas négligeable pour le souverain.

Lorsqu'ils arrivèrent au palais, le roi le mit à l'épreuve : il se fit apporter un peu de miel, le goûta pour s'assurer de sa saveur et en fit manger au vieillard.

— Qu'en penses-tu ? lui demanda le monarque.

— Il est délicieux, lui répondit le vieil homme, mais il provient d'une ruche qui borde un cimetière.

Le roi ne le crut pas et ordonna qu'on vérifiât si ce que disait le vieillard était vrai. Plusieurs jours après, les émissaires revinrent et confirmèrent les paroles du vieil homme. Cette ruche se trouvait dans un cimetière.

Dès lors, chaque fois que le souverain avait un doute, il faisait appeler le vieillard et lui posait la question. Grâce à lui, il obtint les meilleurs chevaux, triompha à la guerre et put maintenir à distance quiconque essayait de le tromper. Tout allait à merveille. Il finit même par l'interroger sur la femme dont il voulait faire son épouse.

— Ce n'est pas un bon choix, lui déclara le vieil homme avec un grand sérieux.

Le roi procéda à de nombreuses vérifications. Comme toujours, le vieillard avait raison.

Malheureusement, le roi n'était guère généreux avec le vieil homme. Il ne lui cédait que de rares morceaux de viande et de pain pour ses services. Son dénuement était tel que l'un de ses fils alla le voir pour lui apporter quelque chose à manger et lui éviter de mourir de faim.

— Rentrons à la maison, lui dit-il. Le roi ne te donne rien. Regarde-toi : tu as la peau sur les os.

— Il me donne ce qu'il peut, répondit le vieillard. Que peut-on attendre d'un homme qui est le fils d'un simple boulanger ? Si son père avait été noble, tout serait différent et la générosité imprégnerait chacun de ses actes...

Le roi, qui était à proximité, entendit les paroles qu'il prononçait.

Sans hésiter, il courut rejoindre sa mère et lui demanda qui était son père. La femme lui avoua qu'il n'était pas le fils d'un roi, mais bien celui d'un boulanger et qu'il lui avait été confié à la naissance.

Le souverain alla retrouver le vieil homme et le combla de richesses. La vérité sur son origine et le repentir de son orgueil valaient bien cela.



Las mentiras de Abbas ibn Firnas

Les mensonges d'Abbas ibn Firnas

La fama de Abbas ibn Firnas pronto llegó muy lejos. Aunque era un embustero, casi todos estaban seguros de que él lo sabía todo y también decían que sus inventos eran muy poderosos. Las palabras que contaban sus historia recorrieron todos los caminos y, al final de uno de ellos, esas voces llegaron a oídos de un hombre santo: Al-Hakam.

Al-Hakam quedó intrigado por lo que le contaban y sin pensarlo dos veces partió para conocer a Abbas ibn Firnas. Cuando llegó a la ciudad del embustero, lo recibieron como si fuera un sultán, la comida que le ofrecieron eran manjares, la música que se escuchó sonaba como las voces de los ángeles y el palacio en el que vivía el tramposo dolía en los ojos por su riqueza. No pasó mucho tiempo antes de que Al-Hakam comenzara a interrogar al hombre que lo había recibido.

—Se dice que tú eres sabio y que tus inventos son prodigios —le dijo a Abbas ibn Firnas.

—Algo hay de eso —le respondió el embustero fingiendo modestia.

—Por favor, te ruego que me muestres algunos.

—Vamos, sigue mis pasos y maravíllate.

No tuvieron que caminar mucho para que Abbas ibn Firnas le mostrara la primera de sus creaciones.

—Este aparato mide el tiempo gracias a las gotas de agua. Al-Hakam no le dijo nada, sabía que los relojes de agua eran muy antiguos y Abbas ibn Firnas no podía haberlos

inventado.

Siguieron adelante.

—Mira esta caja, aquí adentro están los sonidos que producen las pisadas de los gatos.

Con gran solemnidad la abrió y sólo se escuchó el silencio.

—¿Por qué no se oye nada? —preguntó Al-Hakam.

—Tú sabes que los gatos son muy silenciosos y tus oídos no bastan para escucharlos.

Al-Hakam no le dijo nada y siguieron adelante.

—Mira —volvió a decirle el embustero— en este frasco guardo la saliva de las aves y en ese otro tengo el aire que respiran los peces.

Al-Hakam siguió en silencio.

Cuando llegó el momento de volver, Al-Hakam sólo dijo un breve poema:

Me senté bajo el cielo de ibn Firnas

y por un momento pensé
que un molino daba vueltas en mi



cabeza.

Pero lo suyo es un cielo fabricado por un tonto
por un necio que sólo merecería
que alguien lo tirara de cabeza.

Al-Hakam volvió a su pueblo y sólo siguió orando y ayudando a los pobres, ese era el
único camino, esa era la única verdad que alumbraba su ruta.



La réputation d'Abbas ibn Firnas s'était répandue vite et loin. C'était un fieffé menteur, malgré quoi tout le monde était persuadé qu'il savait tout et personne ne doutait du grand pouvoir de ses inventions. De très nombreux récits narrants son histoire circulaient sur tous les chemins. Au bout de l'un d'eux, ils arrivèrent un jour aux oreilles d'un homme pieux, Al-Hakam.

Intrigué, celui-ci partit immédiatement pour rencontrer Abbas ibn Firnas. Arrivé dans la ville du charlatan, il fut reçu comme un sultan. On lui fit manger des plats exquis, écouter une musique aussi céleste que la voix des anges ; enfin, la brillance du château où vivait l'imposteur était telle qu'elle blessait la rétine. Assez vite, Al-Hakam commença à interroger l'homme qui l'avait reçu.

— On raconte que tu es un sage et que tes inventions sont des prodiges, dit-il à Abbas ibn Firnas.

— Il y a un peu de vrai là-dedans, lui répondit le mystificateur, affectant la modestie.

— Je t'en prie, pourrais-tu m'en montrer l'une ou l'autre ?

— Viens, suis-moi et émerveille-toi !

À quelques pas seulement, Abbas ibn Firnas lui montra la première de ses créations.

— Cet appareil mesure le temps grâce à des gouttes d'eau. Al-Hakam ne pipa mot. Il savait que les clepsydres étaient très anciennes et qu'Abbas ibn Firnas ne pouvait donc les avoir inventées.

Ils poursuivirent.

— Regarde cette boîte. Elle contient le son produit par le pas des chats.

Il l'ouvrit très solennellement et le silence se fit entendre.

— Pourquoi n'entend-on rien ? demanda Al-Hakam.

— Tu sais que les chats sont très silencieux et que notre ouïe ne suffit pas à les entendre.

Al-Hakam ne répondit rien et ils continuèrent.

— Regarde, reprit le charlatan, je conserve dans ce flacon-ci la salive des oiseaux et dans celui-là l'air que respirent

les poissons.

Al-Hakam garda le silence.

Au moment de reprendre la route, il se contenta de déclamer un bref poème :

Je me suis assis sous le ciel de ibn Firnas

et j'ai pensé un moment
avoir la tête pleine de moulins à vent.

Mais son ciel est celui d'un sot,
d'un idiot qui mériterait
que quelqu'un le lui jette bas.

Al-Hakam revint dans son village où il continua à prier et à aider les pauvres. C'était la seule voie, la seule vérité qui illuminait sa route.



El pobre y el perro

Le pauvre et le chien

Aunque ese susto fue el más grande de su vida, Said volvió feliz a su casa. Las cosas que le habían pasado no eran para menos. Después de que habló con él y le mostró el prodigio, el Sultán se convenció de que sus palabras eran ciertas y que jamás se robó una moneda. Es cierto, muchos dudaron de lo que Said contó esa tarde, pero Alá que es grande sabe que esas palabras eran verdaderas y que sus labios no estaban manchados con la mentira. Su historia, por extraña que parezca, comenzó una mañana en la que fue al mercado para comprar un trozo de cordero. Cuando estaba a punto de pagarle al carnicero, ese hombre —que era terriblemente malo— le lanzó un hueso a un perro que andaba husmeando en los alrededores. Su puntería fue tan perfecta como su odio, y le abrió una herida en la cabeza al pobre animal. Said se indignó, abandonó la carnicería y sin pensarlo dos veces buscó al perro para curarlo. Tuvo suerte, apenas estaba a unos cuantos pasos.

Después de sanarlo, el perro sólo movió la cola en señal de agradecimiento y cada uno se fue por su lado.

Unos cuantos días más tarde, Said se encontró con un joven en la calle.

—Yo te conozco —le dijo le dijo el muchacho mientras le sonreía.

—¿De dónde? —le preguntó Said intrigado.

—Yo soy el perro que curaste y por eso te llevaré a mi palacio. No dudes de mis palabras, por favor no creas que

soy un mentiroso... yo soy un genio y te estoy agradecido por lo que hiciste por mí. Ahora, cierra, los ojos...

Said dudó durante un instante, pero el genio volvió a hablarle: —Por favor, no tengas miedo... cierra los ojos.

Said le hizo caso y, cuando volvió a abrirlos, ya estaba en el palacio.

—Aquí te quedarás durante tres días, disfruta tu estancia —le dijo el genio.

Said se dejó llevar por las maravillas, y poco antes de que se terminara el tercer día, volvió a encontrarse con su amigo el genio.

—Mi madre quiere verte —le dijo—, antes de que te vayas te va a dar un regalo...

—Pero...

El genio no lo dejó terminar sus palabras.

—Tu sólo debes pedirle una cosa, el candelabro que está detrás de ella.

Said le hizo caso, y antes de partir



del palacio con todo y su candelabro el genio volvió a hablarle.

—Cuando llegues a tu casa, ponle velas, enciéndelas con cuidado y ocurrirá una maravilla. Al llegar a su hogar, Said obedeció al genio y ante sus ojos ocurrió lo que jamás había esperado: las velas se transformaron en doncellas que le entregaron sacos llenos de monedas de oro. Said volvió a hacerlo y su riqueza creció y creció hasta que la envidia se apoderó de sus vecinos.

Ellos lo acusaron con el Sultán. Según la gente que vivía cerca de su casa, Said no podía haber obtenido su riqueza de buena manera, seguramente se la había robado al Soberano y por eso se merecía el peor de los castigos. La pena de muerte les parecía poca cosa a sus vecinos.

Los hombres del Sultán les hicieron caso, atraparon a Said y encadenado lo llevaron ante el hombre poderoso de Marruecos. Cuando lo vio, el Soberano sólo dijo unas cuantas palabras:

—Habla, antes de condenarte voy a escucharte.

Said le contó su historia y el Sultán dudó de sus palabras, pero todo cambió cuando lo convenció de que le trajeran el candelabro. En el preciso instante en que encendió las velas, el milagro volvió a ocurrir y el Sultán dictó su sentencia:

—Vuelve a tu casa, la riqueza que te dio el genio la tienes bien merecida.



Certes, cela avait été la plus grande peur de sa vie, mais Saïd était de retour à la maison, et heureux. Avec ce qui lui était arrivé, c'était bien naturel. Quand, après leur entretien, le sultan constaté le prodige, il avait été convaincu qu'il disait vrai et qu'il n'avait jamais commis de crime. Bien sûr, ils furent nombreux à douter de ce que Saïd avait raconté cet après-midi-là, mais Allah, qui est grand, sait que ses paroles étaient marquées du sceau de la vérité et que ses lèvres n'étaient pas souillées par le mensonge. Son histoire, pour étrange qu'elle parût, avait débuté un matin où il s'était rendu au marché pour acheter une pièce d'agneau. Alors qu'il s'apprêtait à payer le boucher, ce dernier – un individu terriblement malfaisant – lança un os à un chien qui furetait aux alentours. Son adresse était aussi consommée que sa haine était profonde et il blessa le pauvre animal à la tête. Saïd en fut indigné ; il quitta la boucherie et, sans hésiter, se mit à la recherche du chien pour le soigner. Par chance, celui-ci n'était qu'à quelques pas de l'échoppe. Après avoir reçu des soins, l'animal se contenta de remuer la queue en signe de remerciement, chacun s'en fut de son côté et l'affaire en resta là. Quelques jours plus tard, Saïd rencontra un jeune homme dans la rue.

— Eh mais je te connais ! lui lança celui-ci avec un sourire.

— Comment ça ? lui demanda Saïd intrigué.

— Je suis le chien que tu as soigné et c'est pourquoi je t'emmènerai dans mon palais. Aie foi en mes paroles, je t'en prie, ne me prends pas pour un menteur... je suis un bon génie et je te remercie de ce que tu as fait pour moi. À présent, ferme les yeux...

Saïd hésita un instant, mais le génie insista :

— S'il te plaît, ne crains rien... Ferme les yeux !

Saïd obéit et lorsqu'il les rouvrit, il se trouvait dans le palais du génie.

— Tu passeras ici trois jours. Profites-en agréablement,

lui dit ce dernier.

Saïd se laissa envoûter par mille merveilles et, peu avant la fin du troisième jour, il retrouva son ami, le génie.

— Ma mère souhaite te voir, lui dit-il. Elle veut t'offrir un cadeau avant que tu partes...

— Mais...

Le génie ne le laissa pas achever sa phrase.

— Contente-toi de lui demander le chandelier qui se trouve derrière elle.

Saïd obéit et, prêt à quitter le palais, son chandelier sous le bras, il reçut du génie de nouveaux conseils.

— Quand tu arriveras chez toi, pose des bougies sur le chandelier, allume-les soigneusement et il se produira quelque chose de merveilleux.

Arrivé chez lui, Saïd suivit les instructions. Il se produisit alors une chose qu'il n'aurait jamais imaginée : les bougies se transformèrent en jeunes filles, qui lui firent don de deux sacs remplis de monnaies d'or. Saïd reproduisit l'opération, sa richesse augmenta et augmenta, jusqu'à emplir de jalousie le cœur de ses voisins.

Ceux-ci l'accusèrent auprès du sultan. Saïd, disaient-ils, ne pouvait avoir obtenu toute cette richesse honnêtement. Il avait dû, c'était

clair, voler le souverain et méritait donc le pire des châtiments. Aux dires de ses voisins, la mort serait trop douce.

Les hommes du sultan prirent la chose au sérieux, ils attrapèrent Saïd et le présentèrent, couvert de chaînes, à l'homme le plus puissant du Maroc. Dès que celui-ci l'aperçut, il prit la parole :

— Avant de te condamner, je veux t'écouter. Parle !

Saïd parla et le sultan douta de sa parole jusqu'au moment où il se laissa convaincre de faire apporter le chandelier. Au moment même où il allumait les bougies, le miracle se produisit à nouveau et le sultan prononça sa sentence :

— Rentre chez toi, tu as bien mérité la richesse dont le génie t'a fait don.





Índice de contenidos

Tableau des textes et des illustrateurs

Légenses		La joven que no quería hilar	
Tahar Ben Jelloun	3	<i>La jeune fille qui ne voulait pas filer</i>	
		Hafida Zizi	39
Presentación		La diadema y la mujer del sultán	
<i>Prologue</i>		<i>Le diadème et la femme du sultan</i>	43
Cristina Pineda	7	Jorge Mendoza	
El vaso encantado		Una casa en el paraíso	
<i>Le verre enchanté</i>		<i>Une maison au paradis</i>	47
Estelí Meza	13	David Nieto	
El sastre y el santo		La historia del vendedor de bandejas	
<i>Le tailleur et le saint</i>		<i>Le vendeur de plateaux</i>	51
Isidro Esquivel	19	Hafida Zizi	
El rey de los perros		El joven que quería ser rey	
<i>Le roi des chiens</i>		<i>Le jeune homme qui voulait être roi</i>	55
Kamui Gomasio	25	Pamela Medina	
La leyenda de Sidi Rahhal		Aisha, sucia de cenizas	
<i>La légend de Sidi Rahhal</i>		<i>Aisha, noircie de cendres</i>	59
Abril Castillo	29	Santiago Solís	
El leñador y el genio		Tres hijos y un tesoro	
<i>Le bûcheron et le génie</i>		<i>Trois fils et un trésor</i>	65
Flavia Zorrila Drago	33	David Nieto	

La muerte que no llegó <i>La mort qui ne vint pas</i> Israel Ramírez	71
El juez y la santa <i>Le juge et la sainte</i> Rachid Zizi	75
El príncipe y la rana <i>Le prince et la grenouille</i> Kamui Gomasio	79
El viejo que lo sabía todo <i>Le vieil homme qui savait tout</i> Jorge Mendoza	85
Las mentiras de Abbas ibn Firnas <i>Les mensonges d'Abbas ibn Firnas</i> Israel Ramírez	89
El pobre y el perro <i>Le pauvre et le chien</i> Isidro Esquivel	93

Légendes arabes

2017 © De los textos y adaptaciones

José Luis Trueba Lara

Cristina Pineda

Las mentiras de Abbas ibn Firnas

Francisco Bueno García

2017 © Légendes

Tahar Ben Jelloun

2017 © De las ilustraciones

Ulices Alonso (Kamui Gomasio),

Abril Castillo, Isidro Esquivel,

Pamela Medina, Jorge Mendoza, Estelí Meza,

David Nieto (Yosh), Israel Ramírez,

Santiago Solís, Hafida Zizi, Rachid Zizi,

Flavia Zorrilla.

Idea original:

Cristina Pineda

Cordinación editorial:

Jorge Mendoza

www.xico.tv  [xicomascota](#)